

FLORES ARENAS, FRANCISCO (1801-1877)

COQUETISMO Y PRESUNCIÓN

PERSONAS:

DOÑA MARÍA, madre de
ADELA,.

INÉS, criada de doña María

FERMÍN, fingido nombre de don Antonio

LUIS, primo del anterior

PEDRO, criado de don Judas

D. JUDAS, tío de los anteriores

La escena es en Cádiz en una sala de la casa de doña María.

FERMÍN

¿Han venido?

INÉS

No señor.

FERMÍN

¿Y cómo sigue la tía
de sus males?

Cada día,

INÉS

señorito, está peor.

FERMÍN

Pues ya de fastidio pasa
que por esa bagatela,
ni tu señora ni Adela
jamás estén en su casa.

INÉS

La señorita me dijo

para usted que aquí la aguarde.

FERMÍN

Como ella mucho no tarde
no será...

INÉS

¿De veras?

FERMÍN

Fijo.

Yo, Inés, jamás me avasallo
a caprichos de mujer,
y de aqueste proceder
muy satisfecho me hallo.
¡Qué mal de otra suerte hiciera!
Con juventud, con caudal,
y una figura tal cual
¿me ha de faltar quién me quiera?
Por fortuna hay tal enjambre
de mujeres en el día,
que fuera extraña manía
el querer rendir por hambre
a quien tanto se promete;
así, dile me he marchado,
pues no estoy acostumbrado
a ser de nadie el juguete.

INÉS

(¡Qué vanidad!) ¿Mas, señor,
usted no la ama?

FERMÍN

¿Yo...? Sí...

Pero aun más me quiero a mí.

INÉS

Mal le paga usted su amor.
La vida le costaría
un desdén tan solo.

FERMÍN

Ya.

INÉS

Pedro viene.

FERMÍN
¿Qué traerá?

INÉS
Alguna majadería.

Escena II

DICHOS y PEDRO

PEDRO
Señorito.

FERMÍN
¿Qué ha ocurrido
de nuevo?

PEDRO
Tengo que hablarle.

INÉS
Pues ya consigo dejarle
con Perico, me despido,
que han de ser más de las dos,
y tengo mucho que hacer
allá dentro.

PEDRO
A Dios mujer.

FERMÍN
Inés hasta luego. A Dios.

Escena III

FERMÍN y PEDRO.

FERMÍN
¿Qué hay en suma?

PEDRO

Que ha de haber.
Que don Luis sin avisar,
ahora acaba de llegar.

FERMÍN
¡Mas cómo... (Coge el sombrero.)

PEDRO
No es menester.
Ya sabe está usted aquí,
y no puede tardar nada.

FERMÍN
¿Y a qué viene esa embajada
y aquese misterio? ¿Di?

PEDRO
¿Qué sé yo? Lleve el demonio
lo que yo entiendo este lío.
Mas como el tío no es tío,
ni usted es ya don Antonio,
ni aun yo mismo sé quién soy;
bien pudiera, sin querer,
echar el primo a perder
lo adelantado hasta hoy.
Por eso con tal secreto
vine a avisar su venida.

FERMÍN
Primera vez en mi vida
que te he encontrado discreto.
En fin, nadie en casa está,
y fue vano tu temor.
¿Mas tardará?

PEDRO
No señor.
Aquí le tiene usted ya.

Escena IV

DICHOS y LUIS.

LUIS
Primo.

FERMÍN

Luis.

LUIS

Con cuanto gozo
te miro, y con que impaciencia,
después de tan larga ausencia
me tenías... ¡Qué buen mozo!
¡Qué galán! ¡Y qué elegante!

FERMÍN

Favores tuyos.

LUIS

No, a fe...

FERMÍN

Mas a otra cosa. ¿Por qué
no avisaste al instante
que decidiste venir?

LUIS

Fue por la misma razón
que en seis meses, ni un renglón
tuyo pude recibir.
Te escribí desde Alcalá,
en donde asuntos tenía
de mi casa, y ya creía
volver pronto por acá;
cuando un correo, me hallo
con que mi padre está en cama
gravemente enfermo, y clama
por verme; monto a caballo,
llego a Madrid, y la suerte
dejó mi anhelo cumplido;
pues le hallé restablecido
cuando temía su muerte:
supe al volver de Castilla
que de París te marchaste,
que a Barcelona llegaste,
y que estabas en Sevilla.
Allí buscarte pensé;
pero pronto desespero;
pues nadie tu paradero
me dice; a Cádiz llegué

por dicha supe de ti,
y como yo he visitado
esta casa, sin cuidado,
a abrazarte vine aquí.

FERMÍN

Pues la echabas a perder
de medio a medio.

LUIS

¡Yo!

FERMÍN

Cierto.

LUIS

Hombre me has dejado muerto.

FERMÍN

Oye, que vas a saber
la historia de aqueste enredo.

LUIS

Que me ha de agradar confío.

FERMÍN

Ve Pedro, busca a mi tío
y avísale.

PEDRO

En todo quedo. (Vase.)

Escena V

LUIS y FERMÍN. (Se sientan.)

LUIS

¿Y bien?

FERMÍN

Extraño quizá
puede haberte parecido
el verme aquí introducido
como me ves, y será

más grande tu admiración
cuando sepas lo que pasa,
pues ignoran en la casa
mi nombre y mi condición.
Sabes que doña María
trató con mi parentela
enlazarme con Adela,
a quien yo no conocía:
viéndome solicitado,
a sus ruegos me abandono,
que es de gentes de gran tono
boda por razón de estado.
La grande fama de bella
que mi futura tenía,
despertó en mí la manía
de verla, sin que ni ella
ni nadie en Cádiz supiese
quien era yo, su hermosura
rendir, y que esta aventura
un nuevo lauro me diese.
Llegué en hora peregrina,
pues apenas dejo el coche
supe como aquella noche
iba al Moisés mi heroína;
y para gobierno mío,
su palco aprendí también.

LUIS

Bravísima entrada. ¿Y quién
tanto te dijo?

FERMÍN

Mi tío.

LUIS

Es verdad; sigue adelante.

FERMÍN

Ya estaba alzado el telón
cuando llegué, y la atención
llamo de tanta elegante
que me mira, y me importuna.
Yo, con aire de conquista,
paso por todas la vista;
mas sin fijarme en ninguna.

Me siento, y a los actores
miro con faz desdeñosa,
como quien dice: no es cosa,
yo los he oído mejores:
vuelvo la espalda a la escena
fingiendo estar aburrido,
mientras juego distraído
con los sellos y cadena.
Pongo el guante, limpio el lente,
doy una mano al cabello,
arreglo corbata y cuello,
y a mi Adela ya impaciente
con lánguidos ojos miro;
se sonrío, y de mi amada
pago una dulce mirada
con un amante suspiro.
Ufana al ver que ha dejado
a sus rivales burladas,
con un millón de monadas
me muestra que soy amado.
Habla en tanto el antejo,
señas hago, amor las guía,
y ¡qué dicha!, ya era mía
en el paso del mar Rojo.

LUIS

¡Jesús, qué admirable paso!

FERMÍN

De mi ventura seguro
todos los medios apuro
para conseguirla, el caso
cuento por menor al tío,
le digo cual es mi objeto,
exigiéndole el secreto
que a su discreción confío,
y por tal conducto, en fin,
consigo hacerle visita
y enamorar a Adelita
bajo el nombre de Fermín.

LUIS

Con que al cabo, en ese abismo
caíste ya.

FERMÍN

No señor,
que amar y hacer el amor
no quieren decir lo mismo.
Sabes que toda mi vida
pensé, como pienso ahora,
que el que a una mujer adora
de lo que vale se olvida.
Ni aprecio, ni apreciar quiero
a ese sexo fermentado,
con el fuerte, envilecido,
con el débil, altanero:
aman a quien las desprecia,
desprecian al más amante,
la que algo sabe, es pedante,
y es insufrible la necia:
nadie jamás las excede
en perversidad y engaño,
pues la que no te hace daño
es porque hacerlo no puede.
Te juran amor sin fin,
y esto lo prometen todas,
mas dura como las modas
hasta el nuevo figurín;
pues en el instante mismo
que hallan quien las haga un gesto
coges el fruto bien presto
de su innato coquetismo.
Di si con tal opinión
será fácil que las quiera.

LUIS

Es cierto; mas bueno fuera
hacer una distinción.
Nadie como yo en el mundo
odia a la inmoral coqueta,
mas nadie tanto respeta
a un sexo amable en quien fundo
mi felicidad futura,
así desplego mi saña
contra la que el brillo empaña
del pudor y la hermosura.
De árbol que el suelo envenena
es provechoso hacer tala,
y arrancar la yerba mala
es hacer medrar la buena.
No a todas tu errado celo

las juzgue por un igual,
que quien de ellas habla mal
es como el que escupe al cielo.
Así te juzgo engañado
en lo que de amor infieres;
que hay mujeres de mujeres.

FERMÍN

Cosas del siglo pasado.

LUIS

Como tu gustes. ¿Mas di?
¿A tu razón no le choca
amor tan pronto y tan poca
reserva en la niña?

FERMÍN

Sí.

Pero a veces un capricho
en cariño se convierte;
y quizás Adela...

LUIS

Advierte

que no ha un instante, me has dicho,
lo falaz y lo engañoso
que es el afecto en mujer.

FERMÍN

Mas eso se ha de entender
cuando da con un baboso.
Cuide el hombre no resbale,
que va a dar en un abismo:
dese gran tono a sí mismo
y pondere lo que vale;
y aunque él no prometa boda,
ni en su conducta sea puro
puede contar por seguro
con verse un día de moda.
Ni desdenes, ni tibieza
verá en la niña mimada,
ni se armará la taimada
de femenil sutileza:
a la de más alta esfera
más la desaire y humille,
que no haya miedo que chille

ni su amor propio se hiera;
antes bien su orgullo necio
se vuelve en humilde ardor,
y lo que no pudo amor
siempre lo puede el desprecio.
Aquesta, Luis, es mi escuela,
y en tanto como he corrido,
ninguna me ha resistido.

LUIS

Dichoso tú. ¿Pero Adela
nunca llegó a sospechar
quién eras?

FERMÍN

Ni por asomo.

LUIS

Pues es extraño.

FERMÍN

¿Mas cómo
lo pudiera averiguar?
Dos meses no se han cumplido
desde que a España volví,
y así en Sevilla y aquí
soy de pocos conocido:
y tío, con fundamento
juzgo que lo ha de callar,
pues que jamás sabe hablar
sino de la mar y el viento.

LUIS

¿Conque sigue en su manía?

FERMÍN

Pero con tal afición
que su perenne mansión
es la torre de Vigía:
decide en tono maestro
de buques y temporales,
y sabe el plan de señales
lo mismo que el padre nuestro.
La muralla es su paseo,
el Ciscar es su alcorán,
su testo don Jorge Juan,

y Tofiño su recreo,
el antejo es su pasión,
y en aquesa lengua insana
llama porta a la ventana,
y a la puerta, el portalón.
Para él cualquier lienzo es vela,
es camarote la alcoba,
y en fin, son pajes de escoba
lo chicos de la candela.
De modo que aunque pregunto
no entiendo su algarabía.

LUIS

Te compadezco a fe mía.
Mas, volvamos a tu asunto.
¿Dime? ¿La buena viuda
cómo piensa?

FERMÍN

No se explica;
mas querrá casar la chica.
¿Puede en eso caber duda?

LUIS

Pero el compromiso...

FERMÍN

Bravo,
cuando un novio se presenta
madre hay que ajusta la cuenta
al hombre, hasta de un ochavo,
y el que más tiene, se queda
por ley de mejor postor,
que hay pujas en el amor
como si fuese almoneda.
Los compromisos son grillos
que ligan en sus deberes
al hombre; mas las mujeres
no reparan en pelillos.

LUIS

¿Y piensas casarte presto?

FERMÍN

No lo sé.

LUIS

¿Pues cómo así?

FERMÍN

Antes que viniese aquí
ya todo estaba dispuesto:
documentos y retrato
tiene en su poder el tío
hace ya tiempo, aunque fío
que lo ignoran; así trato
de dar largas con cautela
al dichoso casamiento,
pues este descubrimiento
cosa ha de ser de novela.
Mas aquí para los dos.
Por lo que me has indicado,
de que estás enamorado
tengo sospecha, y por Dios
que en tu genio lo extrañara.

LUIS

Pues es cierto.

FERMÍN

¡Estás en ti!
¿Y eres hombre?

LUIS

Creo que sí.

FERMÍN

¿Y amas?

LUIS

La cosa no es rara.

FERMÍN

Por llegarla a conocer
diera un dedo sin reparo.

LUIS

Lo que es yo, a precio tan caro,
ni a Venus quisiera ver.
Mas, con menos te prometo
que ese empeño has de lograr;
pues el venirla a esperar

es de mi viaje el objeto.

FERMÍN

¿Conque será prima mía?

LUIS

Así parece.

FERMÍN

¡Qué horror!

¿Te casas?, ¿y con amor?

¡Jesús, y qué gansería!

LUIS

¡Qué dices!

FERMÍN

¿No ves, Luis,

que ya estás a vulgo oliendo?

¡Cuánta falta le está haciendo
un bañito de París!

LUIS

¿Estás loco?

FERMÍN

Bueno fuera.

LUIS

¡Qué! ¿Es vergüenza enamorarse?

FERMÍN

No sé; mas si lo es casarse
como se casa un cualquiera.

LUIS

Pues al contrario, yo infiero
que en amor no hay preferencia.

FERMÍN

¿Y entonces qué diferencia
hay de ti a tu zapatero?

LUIS

¡Qué aqueso a decir te atrevas!,
su amor mi dicha asegura.

FERMÍN

Si en amor buscas ventura
valiente chasco te llevas.
Busca orgullo, veleidades,
manías e impertinencia,
y ármate bien de paciencia
para escuchar necesidades;
busca insensatez, capricho,
busca vanidad sin seso,
busca en fin mujer, y en eso
cuenta que todo está dicho.

LUIS

¡Qué exagerada manía!

FERMÍN

Luis, la constancia amorosa,
aunque suena a grande cosa,
sólo es palabra vacía;
y yo, entre tanta mujer,
constante no hallé ninguna.

LUIS

Culpa a tu propia fortuna
si no supiste escoger.

FERMÍN

Mas si en mi vida tal vi
¿cómo quieres que la crea?

LUIS

Como crees que hay Guinea
y nunca estuviste allí. (Llaman.)

FERMÍN

En eso no convenimos.

LUIS

Calla, que llegan por fin.

FERMÍN

No olvides que soy Fermín,
y que ya no somos primos.

Escena VI

DICHOS, DOÑA MARÍA y ADELA.

FERMÍN

Señoras, tengo el honor...

DOÑA MARÍA

Ferminito, cuanto siento,
que usted... ¡Mas cómo! ¡Luis!
¡Por mi casa tanto bueno!
¿Cuándo ha sido la llegada?

LUIS

No ha una hora, y el deseo
que de ponerme a sus pies
tenía, me trajo luego
aquí, en donde por mi dicha,
de Fermín tuve el encuentro.

ADELA

¿Qué, usted conoce al señor?

LUIS

Sí, Adelita, hace ya tiempo.

FERMÍN

Desde antes de mis viajes.

LUIS

Así es.

FERMÍN

¿Y qué tenemos
de males?

LUIS

¿Pues qué, señora,
hay en casa algún enfermo?

DOÑA MARÍA

En casa no; mas mi tía
Paulita se está muriendo
de revolución de humores
con vómitos y despeños,
y aunque toma quina, a sacos,

no puede el doctor con ellos.

LUIS

Será ya mujer de edad.

DOÑA MARÍA

Mas no como para eso.
¿Pero usted no la conoce?
Hombre sí.

LUIS

Pues no me acuerdo.

DOÑA MARÍA

Sí, sí tal.

LUIS

Como usted guste.

DOÑA MARÍA

Es mucha pena por cierto.

ADELA

¡Ay Jesús!, mi pobre tía... (Llora.)

FERMÍN

¡Qué usted llora!

LUIS

Y es muy bello
ese llanto, que demuestra
un corazón noble y tierno;
mas no se anticipe usted
a sí misma el sentimiento,
que aunque deba presumirse
aún no existe como cierto.

FERMÍN

Tiene razón, ¿a qué vienen
esas lágrimas?

DOÑA MARÍA

Luis, tiemblo
de cualquier cosa que ocurre
por mi hija. Es mucho cuento;
porque como es tan sensible

y como tiene esos nervios,
con solo ver un ratón,
con oír hablar de muertos,
conque un mosquito la pique,
e cosa así, en el momento
empieza a hacer mil visajes,
contorsiones y aspavientos;
de modo que es menester
darle éter y hacerle fresco,
sin otras veces, que es fuerza
aplicarle más remedios.

LUIS

¿Y le hacen efecto?

DOÑA MARÍA

Sí.

LUIS

Al cabo siempre es consuelo.

DOÑA MARÍA

Todo en fin está ya dicho,
con que sepan que tenemos
tres o cuatro convulsiones
el día que matan perros.

ADELA

Es mucha pensión.

LUIS

Sí, mucha.

DOÑA MARÍA

No tiene un instante bueno.

FERMÍN

¡Oh! Para esto de sensibles
las francesas. En Burdeos
me sucedió una aventura
que prueba a cuantos excesos
su imaginación ardiente
las arrastra. Este es el hecho.
Estaba yo cierto día
vistiéndome en mi aposento
cuando me pasan recado

de que uno con gran secreto
me buscaba, le hago entrar,
y sorprendido me quedo
viendo en el tal, un criado
de librea y muy bien puesto.
Le pregunto que me quiere,
y él, después de cien misterios,
una carta me entregó
y se fue. La abro, la leo;
mas ¡cuál fue mi admiración!,
al encontrar que el sujeto
que escribía, era una dama
del gran tono en aquel pueblo,
hija de padres muy nobles
y muy ricos; por supuesto
gentes de coches, landó,
gran mesa, tertulia y juego,
en fin soberbio partido.
Y que a más de todo eso,
era muy bella y tenía
pelo rubio, hermoso cuerpo,
tocaba el arpa, el piano,
otra porción de instrumentos,
bailaba con mucha gracia,
(el rigodón por supuesto),
todo por este estilo.
Mas lo extraño del suceso
es que sólo la había visto
dos veces en el paseo;
sí noté me había mirado,
pero nunca hice alto en ello.
En fin, su esquila decía
que la causa de este yerro
era haberse enamorado
de mí, que creyó primero
poder domar su pasión;
mas que ya el único medio
era, o mi correspondencia
o la muerte. En tal extremo
le contesté que mirase
por sí misma, que el afecto
no se manda, y la pedía
renunciarse a su proyecto.

LUIS

¡Qué crueldad!

FERMÍN

Luis, yo a nadie
sólo por lástima quiero.
Mas escucha el fin del lance.

ADELA

¡Podrá darse hombre más necio! (Aparte.)

FERMÍN

Al cabo de algunos días
supe que del sentimiento
estaba enferma y muy grave;
por más que hicieron remedios,
por más que de Mompeller
cuatro doctores trajeron;
en fin, por más que gastaron
al cabo de mes y medio
murió la pobre.

LUIS

¡Murió!

DOÑA MARÍA

¡Hombre!

ADELA

¿Mas cómo?

FERMÍN

Muriendo.

ADELA

Mire usted no fuera engaño.

FERMÍN

Si yo mismo vi el entierro.

LUIS

Dígote Fermín, que en Francia
tienen un modo estupendo
de querer.

FERMÍN

En todo el norte
suelen morir de celos

o de amor, con la frecuencia
que por acá morir vemos
todos los días de asma,
calentura, o mal de pecho.
Allí una mujer se ahorca
o se atraca de veneno
con la frescura del mundo
por lo que aquí importa un bledo.
¿Cada día no nos cuentan
los papeles extranjeros
cien mil tragedias de amor?
¿Por ventura no sabemos
que en el Támesis y el Sena
se encuentran cada momento
cadáveres a montones,
víctimas de su despecho?

ADELA

Ay Fermín, no siga usted
que me da horror.

LUIS

Es muy cierto.
Ya que por dicha de España
aún en moda no se ha puesto
ahogarse en el Guadalete;
y ya que gracias al cielo,
suele ser nuestro amor más
y nuestra apariencia menos;
no recuerdes infortunios
que a todo corazón tierno
deben contristar.

FERMÍN

Pues sea,
y de otra aventura hablemos.
Cuando yo estuve en Moscow...

LUIS

¡Jesús María, y qué lejos!

FERMÍN

Hombre calla.

Escena VII

DICHOS y DON JUDAS.

DON JUDAS
Buenos días
señoras.

FERMÍN
Se acabó el cuento.

DON JUDAS
Luis. (Se abrazan.)

LUIS
Tío.

DON JUDAS
Dame un abrazo.

LUIS
Sí señor, aunque sean ciento.

DON JUDAS
¡Válgame Dios, mi Luis,
que gordo estás, y que bueno!
A Dios señor don Fermín.

FERMÍN
Don Judas, servidor vuestro.

LUIS
¿Quién avisó a usted?

DON JUDAS
Perico,
casualmente llegó a tiempo
que estaba parado enfrente
del pabellón de ingenieros
viendo ese buque que entra
de la Habana.

FERMÍN
(Estamos frescos.) (Aparte.)

DOÑA MARÍA

¿Ese barco...?

DON JUDAS

Buenos pies,
fino, limpio de aparejo;
¿pero y qué? Si tiene guinda
para un navío lo menos
de ochenta y cuatro.

FERMÍN

(Ya escampa, (Aparte.)
nos cayó de medio a medio
la lotería).

DOÑA MARÍA

Don Judas,
si a mí no me importa eso.

DON JUDAS

Es que creí...

DOÑA MARÍA

Mal creído.
Lo que yo saber deseo
es si trae correspondencia.

DON JUDAS

Sí señora.

DOÑA MARÍA

Porque espero
cartas. ¿Y cómo se llama?

DON JUDAS

El bergantín Fariseo.

DOÑA MARÍA

¡Jesús, que nombre tan raro!

DON JUDAS

Como otro, ni más ni menos.
Pues señor como decía,
en el instante en que Pedro
se puso a la voz, y supe
de tu llegada el suceso,
viré al punto por redondo,

y largando el aparejo
atraqué el bote a esta casa
donde por dicha te veo.

DOÑA MARÍA

¿Pero por qué habla usted siempre
de modo que nos quedemos
en ayunas?

DON JUDAS

¿Yo señora?
¿Pues acaso es esto griego?

ADELA

¿No lo ha de ser? Sí señor;
vea usted yo que me mareo
de ir al muelle, y del marisco
ni aun sufrir el olor puedo.

DON JUDAS

Pues muchas conozco yo
de estómago tan diverso,
que en vez de agua de colonia
se echan brea en el pañuelo.

ADELA

¡Ave María!

DON JUDAS

Lo dicho.
¿Mas dime Luis, del Puerto
cuándo saliste?

LUIS

A las doce.

DON JUDAS

¿Y por mar?

LUIS

Por mar.

DON JUDAS

Mal hecho,
que hoy es el viaje muy largo.

LUIS

Una hora.

DON JUDAS

¡Hombre estás lelo!

Pues si es sur cuarta al sudoeste.

FERMÍN

¿Mas él que entiende de vientos?

LUIS

Así es.

DON JUDAS

¿Y en qué demonios
has empleado tu tiempo?

¡Vaya que hoy día en España
no hay estudios de provecho!

Y mucha universidad,
mucho latín, mucho griego,
muchísimas tonterías,

y salen de sus colegios
los jóvenes muy ufanos,
sin saber. ¡Qué!, ni por pienso,
mandar una maniobra,
ni arreglar un aparejo;
en fin, nada de sustancia.

Y porque vean no miento,
sepan que no ha mucho en Cádiz,
tuvo valor un sujeto
de ignorar qué era Relinga.

LUIS

Y se quedaría tan fresco.

DOÑA MARÍA

Cállese por Dios, don Judas,
que estoy hasta los cabellos
de la mar, de los navíos,
y de oír lo que no entiendo.

DON JUDAS

Pues doblemos esa hoja.

¿Mas Adelita, qué es eso?

¿Está usted triste?, ¿qué ocurre?

ADELA

Para mí, nada de bueno.

DON JUDAS

Me parece que esos ojos...

LUIS

Diga usted más bien lucero,
que aunque hoy los nuble el dolor,
no son así menos bellos.

ADELA

Aunque la juzgo lisonja,
siendo suya la agradezco.

DON JUDAS

¿Pero por qué don Fermín
está tan a sotavento
de la niña? ¿Hay temporal?

FERMÍN

Mal humor.

DON JUDAS

Entonces presto
sube el barómetro.

FERMÍN

No,
como a nadie le intereso
nadie busca el complacerme,
mas ello dirá.

ADELA

(¡Qué necio!) (Aparte.)

DON JUDAS

¡Ay qué cabeza la mía!
Es verdad: ahora me acuerdo
de que la pobre Paulita
se está yendo a pique. Y esto
que acabo de preguntarle
a su sobrino don Pedro.

DOÑA MARÍA

¿Y cómo sigue?

DON JUDAS

Muy mal
por las noticias que tengo
ya tiene el práctico a bordo.
Doña María, me temo
que tire pieza de leva
esta tarde misma.

ADELA

Y eso
será malo. ¿No es verdad?

DON JUDAS

¿Pues cómo puede ser bueno?

ADELA

Es mucha pena.

DON JUDAS

Si tal,
pero es ya casco muy viejo.
El año de ochenta y dos
la obsequiaba, un tal don Diego
que se ahogó en una flotante,
y a los dos años de esto
se casó con su marido,
el difunto don Tadeo
de Berrigori y Arratia,
que navegó mucho tiempo
en la nao de Acapulco.
Era excelente sujeto,
y como buen vizcaíno
testarudo y marinero.

DOÑA MARÍA

Así lo dicen, mas yo
casi nada de él me acuerdo.

DON JUDAS

¡Cómo! ¿No recuerda usted
(poco sonado fue el cuento)
cuando varó en la Milagros
yendo de aquí a Puerto Belo?

DOÑA MARÍA

No señor.

DON JUDAS

Todas las noches
jugábamos a los cientos
en casa de un don Hilario,
maestre de la Consuelos,
que vivía, y por más señas
que allí murió, bien me acuerdo,
medio cable de mi casa;
aquí en la calle del Puerto
en la acera de babor
como quien va hacia paseo;
y él también...

FERMÍN

¿Pero es posible
que al mismo tema volvemos
treinta mil veces? Don Judas
hable usted por Dios le ruego
de otra cosa.

DON JUDAS

¿Cómo qué?

FERMÍN

De noticias por ejemplo.

DON JUDAS

¿Pues hombre, yo de qué hablo?

FERMÍN

No es eso lo que yo quiero.
¿Qué nos cuentan las gacetas?
¿Los papeles extranjeros
qué opinan? ¿Qué hay de los turcos?

DON JUDAS

Yo hace días que no leo
sino el parte de la torre,
y como allí no habla de eso
vengo sólo a sacar de él,
si hay calmazo o viento fresco.

DOÑA MARÍA

Y ¿usted ha viajado mucho?

DON JUDAS

Así, así. Por ejemplo,
no he estado en Lima, ni en Cuba,
ni en Veracruz, ni tan lejos,
porque nunca se ofreció;
pero he ido a Rota y al Puerto
y a la Carraca mil veces,
con levante y con mal tiempo,
que yo en esto de la mar
nunca, nunca tuve miedo.

LUIS

(El tío es original). (Aparte.)

DON JUDAS

¡Mas cómo se pasa el tiempo!
¡Las tres ya! ¿Vámonos? (Mirando el reloj.)

LUIS

Vamos.

DON JUDAS

Sí, que ya es hora que levemos
el ancla. (Se levantan.)

DOÑA MARÍA

Si ustedes gustan...

DON JUDAS

Por mi parte lo agradezco.

LUIS

Nosotros también.

FERMÍN

(A ADELA a media voz.)

Adela,
sepa usted que no estoy hecho
a esperar a nadie.

ADELA

¿Y cómo
pude yo remediar eso?

DON JUDAS

Vamos. Fermín.

FERMÍN

Sí señor.

LUIS

(Demos principio al enredo). (Aparte.)
Quisiera hablar con usted. (A ADELA.)
¿Será esta tarde buen tiempo?

ADELA

Juzgo que sí. (A LUIS.)

DON JUDAS

Hasta la noche.

FERMÍN

Señoras...

LUIS

A los pies vuestros.

DOÑA MARÍA

Luisito que usted descanse.
A Dios Fermín.

ADELA

Hasta luego.

Escena VIII

DOÑA MARÍA y ADELA.

DOÑA MARÍA

¡Qué formal es este Luis!
¡Qué juicio! ¡Qué buen talento!

ADELA

Sí señora, cada día
es más amable.

DOÑA MARÍA

¡Y qué bello
corazón! ¡Y qué caudal!

¡Qué mayorazgo tan bueno!
Vaya, cualquier madre en Cádiz
le tomará para yerno
a dos manos.

ADELA
Ya se ve.

DOÑA MARÍA
Y como hoy día está el tiempo
que con tantos camastrones
no hay novios para un remedio.
En fin, tú ya estás segura
de casarte, y sea luego
lo que Dios quiera. El asunto
hecho está; pero confieso
que tengo tan poca fe
aún en las cosas que veo
y toco, que no es posible
confíe en gentes de lejos.
Él podrá ser buen muchacho.
Podrá ser rico; mas esto
de no ver yo lo que tiene
es un gran desasosiego.
Y después como en mi vida
he estado por tierra adentro,
sólo sé contar talegas,
no aranzadas ni viñedos.
¿Ni qué puedo entender yo
del cortijo, del apero,
del olivar, de las reses,
y otras mil cosas? ¿Y luego
quién resiste con paciencia
a su lado un llanto eterno?
Lloran, cuando llueve mucho.
Lloran si está el tiempo seco,
y se quejan del gorgojo,
y se lastiman del muermo.
Además, entre estas gentes,
se está siempre con el credo,
como dicen, en la boca;
pues cuando se espera menos
el granizo o la langosta
le dejan al novio en cueros.

ADELA

Es verdad, mamá, y después
que aún ignoramos su genio,
ni cómo piensa, si es hábil,
si es tonto, bonito o feo.
En fin, estamos a ciegas
todavía.

DOÑA MARÍA

Pues por eso
quisiera yo que si acaso
se presentase un sujeto
que nos tuviese más cuenta...
Es decir, que fuera bueno
dejar que ruede la bola
mas, sin descubrir el cuerpo.
Ya ves tú. ¿Yo qué interés
pudiera tener en ello
sino tu felicidad?
¡Con qué gusto, por ejemplo,
viera yo a tu lado un joven
como Luis! ¿Y qué sabemos?
Él es hombre, y es seguro
que los novios se hacen de ellos.

ADELA

Mas tal vez no piensa en mí.

DOÑA MARÍA

Podrá ser: pero yo tengo
acá mi sospecha, y juzgo
que acaso no está muy lejos
de caer. En todo trance
y a mal dar, siempre tenemos
el recurso del de allá,
que aunque sea un majadero
al fin se casa.

ADELA

Seguro.

DOÑA MARÍA

Ese es el ítem del pleito.
Fermín creí yo algún día
que valiera para yerno;
pero es tan vano el muchacho,
tan presumido en extremo,

que a falta de otro mejor
solamente fuera bueno.

ADELA

Sí señora, es muypreciado
de sí mismo.

DOÑA MARÍA

Pues, volviendo
a Luis, sabes que fuera
un brillante casamiento
para cualquiera muchacha.
Su casa es de caballeros,
de sangre azul, es maestrante,
y por el lado materno
tiene una vara en Osuna.
Mas no pretendo por esto
que el ser noble sea lo más,
y el ser rico sea lo menos,
antes bien, para escoger,
a lo segundo me atengo,
que ni nadie aplaca el hambre
con lo que comió su abuelo,
ni nunca una ejecutoria
dio caldo a ningún puchero.

ADELA

Pero aquí hay de todo.

DOÑA MARÍA

Sí,
en eso mismo convengo;
él tiene sus posesiones,
y aunque hoy, con los malos tiempos,
anda el oro por las nubes
y la gente por los suelos,
su caudal está muy sano,
ni hay deudas, ni tiene pleitos,
ni goteras en sus casas,
ni ha tornado un real a premio;
paga sus contribuciones
y satisface los censos,
y después...

ADELA

¿Pero mamá,

de dónde sabe usted eso?

DOÑA MARÍA

Toma, de que lo pregunto.

ADELA

¿Mas señora, y con qué objeto?

DOÑA MARÍA

Con varios. Primeramente,
por el gusto de saberlo,
que en ser curiosa, no hago
más que demostrar mi sexo:
y después porque interesa
conocer bien el terreno
que se pisa, y esto siempre
hace mucho al caso. Tengo
una hija: los partidos
ni son muchos, ni son buenos:
hay maulas en abundancia,
hay muchísimo embustero,
y no es un moco de pavo
el casarse. Este es el cuento.
Porque hay mucha diferencia
de andar, como dice el pueblo,
siempre a la cuarta pregunta;
a gastar lujo, aderezos,
palco, trajes, figurines,
en fin, a tener dinero,
que es quien hace el caldo gordo,
y es moda de todo tiempo.
Aquesto es lo que interesa,
y de figura no hablemos,
porque hija, el no tener,
al mismo Apolo hace feo.

Escena IX

INÉS

Señoras, si ustedes gustan.
Ya está la sopa.

DOÑA MARÍA

Me alegro;

porque con la enfermedad
llevo una vida de perros:
vean ustedes, hoy es martes
y aún no he empezado el correo.

ADELA

Cualquiera que a usted la oyese
juzgara, con fundamento,
que era acaso algún ministro.

DOÑA MARÍA

Pues son cuatro letras; pero
como tengo ya mal pulso,
hago letrones tan feos,
que en entender lo que escribo
se me va lo más del tiempo.
Ya hasta después de la siesta
¿quién ha de escribir? Por eso
me llamarás hoy temprano.
¿Entiendes, Inés?

INÉS

Entiendo.

DOÑA MARÍA

Vamos, niña. (Vase.)

Escena X

ADELA e INÉS.

ADELA

Oye. Después
tengo que hablarte en secreto
sobre un asunto.

INÉS

¿Hay acaso
en campaña moro nuevo?

ADELA

Juzgo que sí.

INÉS

¿Pues, y el otro?

ADELA

Para todo hay su remedio
en este mundo. A la tarde
te instruiré de mi proyecto,
y contando con tu auxilio,
grandes cosas me prometo.

INÉS

Cuente usted conmigo siempre,
que soy criada, y con esto
digo todo.

ADELA

Está entendido.
¿Vamos? (Vase.)

INÉS

Vamos. (¡Cuánto enredo!)

(No sé quienes son peores,
si son ellas o son ellos.)

ACTO SEGUNDO

Escena I

ADELA e INÉS.

ADELA

¿Inés, aún duerme mamá?

INÉS

Señorita, la he llamado
pero no se ha levantado.

ADELA

Pues entonces tardará
en venir. Sabes que hoy tiene
correo, que en ella es obra,

y así habrá tiempo de sobra
para hablar lo que conviene.
En fin, con ansia deseo
hacerte una confianza.

INÉS

Hágala usted sin tardanza,
que yo sé cual es mi empleo
en estas cosas de amores,
y a Dios gracias, hasta aquí
sabe usted bien que cumplí
con mis deberes.

ADELA

Favores
que me forzarán, Inés,
a expresarme sin disfraz,
aunque no fueses capaz
de ayudarme. Óyeme pues.
Difícil fuera en verdad
que pudiese mi experiencia
trocar de amor la apariencia
con la pura realidad.
Así juzgo no me engaño
en una nueva conquista
que hoy día tengo a la vista.

INÉS

¡Señorita!

ADELA

¿Y es extraño?

INÉS

¿Mas quién?

ADELA

Luis.

INÉS

Para bien sea.

ADELA

Es amable, es instruido,
buen amante y buen partido.

INÉS

Yo tengo diversa idea,
y en los negocios de amor
quiero, más que un sabio, un tonto;
porque la pega más pronto
el que parece mejor.

ADELA

Aquesta Inés es patraña
que a una mujer no disculpa,
pues echa al hombre la culpa
cuando a sí propia se engaña.
Tema en buen hora la necia
la ficción que en hombres cabe,
mas la que su idioma sabe
los escucha y los desprecia.
Fínjase un amante, esclavo;
vano será su mentir,
que aunque ellos saben fingir,
no es ese león tan bravo.
Y no merece aun el nombre
de mujer, ni tal se crea,
la que en el mundo se vea
engañada por un hombre.
Díonos la naturaleza
mil dones en esta parte,
gracia, atractivos, arte,
el talento y la belleza.
Díonos la aparente infancia
que nuestro imperio asegura,
y en el amor, la ternura
a la par que la inconstancia;
nos dio impune libertad
de castigar, sin ofensa,
y puso nuestra defensa
en nuestra debilidad.
Y queriendo a tal poder
dar por fin su complemento,
nos dio también fingimiento,
primer don de la mujer.
Con las armas que te muestro
de esos tontos no te asombres.

INÉS

Pero no todos los hombres
se dejan llevar del diestro.

Algunos conozco yo
que no los puede domar
ni el diablo.

ADELA

Es particular:
sin duda poco aprendió
su dama; pues el amante
más altivo, y de manías
más raras, en pocos días
se hace más blando que un guante.

INÉS

¿Mas cómo?

ADELA

Muy fácilmente.
Muestre al verse pretendida
cierta timidez fingida,
cierta modestia aparente.
Hable poco, que es muy sabio
el silencio en la mujer,
y para darse a entender
donde hay ojos sobra el labio.
Su mirar lánguido, amante,
consulte con el espejo,
y en él hallará consejo
para hacerse interesante.
Ceda pronto, sin temor
de atraerse sus desprecios;
pues son los hombres tan necios,
tan vanos, que ven amor
donde no ven repugnancia,
y en sus castillos al aire,
a veces, hasta un desaire
lo convierten en sustancia.
Así finja sin cuidado,
segura de ser creída,
una afición decidida,
un amor desatinado;
pues aunque cualquiera extraña
pasión que tan presto llega,
el amor propio los ciega,
y el orgullo los engaña.
Finja salud quebrantada,
que es bueno en toda ocasión

tener siempre a prevención
una enfermedad guardada.
Ni jamás una mujer
por aqueste extremo peca,
antes bien una jaqueca
suele milagros hacer.
No se muestre a su amador
con aire desaliñado,
pues el corsé y el peinado,
son alimentos de amor;
y si a interesar aspira,
no olvide es cosa probada
que ni aun la verdad agrada
sino parece mentira.
En fin, cuando entre en su idea
mudar de objeto y de plan,
no cuide del que dirán,
antes bien el modo vea
de dar al asunto un corte,
y al presentarse un segundo,
con la frescura del mundo
se da al otro pasaporte.
Con estos datos presentes
podrás numerar sin penas
las conquistas por docenas,
por cientos los pretendientes:
y dejemos que hable el necio
y que coquetas nos llame;
pues por más que al cielo clame
sólo halla mofa y desprecio.
Esta es mi opinión, Inés,
y con ella bien me va.

INÉS

Señorita, así será;
mas ¿y si ocurre después
no poder en la ocasión
mostrar esa maestría?

ADELA

¿Pues qué mujer en el día
no finge una convulsión?
¿Quién de colores no muda
cuando el caso lo requiere?
¿Quién no llora cuando quiere?
Y en fin, ¿quién de un arte duda

que tantos triunfos ofrece
a la que sabe fingir?

INÉS

Yo no dudo: esto es decir
sólo lo que me parece.
Pero sepamos en fin
ese plan que usted idea.
¿Engañar a ambos desea,
o dejar a don Fermín?

ADELA

Hasta ahora sólo quiero,
si Luis me ofrece su fe,
dar a sus proyectos pie
por varias causas. Primero,
por vengar mi propio ultraje,
y dando a ese tonto celos,
que ponga el grito en los cielos
de vergüenza y de coraje.
Y después porque hace días
que sigo este galanteo,
y a fe mía ya deseo
dar al diablo las manías
de aqueste fatuo importuno.
A más que prestigio y fama
pierde en el mundo una dama
si la ven un mes con uno.

INÉS

¡Un mes! ¡Vaya! Dame risa.
¿Y es tanto tiempo?

ADELA

No hay duda.
En el día Inés se muda
de amor como de camisa.

INÉS

¿Y usted le amará?

ADELA

¡Quién! ¡Yo!
Ni amé ni amar nunca espero;
pues aunque finjo que quiero,
lo que es querer, eso no.

Busque amorosa cadena
la necia o la confiada:
mientras yo que escarmentada
estoy en cabeza ajena
los detesto.

INÉS
¡Guarda Pablo!

ADELA
Nada he dicho que te asombre.

INÉS
¿Pero por qué?

ADELA
Porque un hombre
es, en miniatura un diablo.
Esa aparente virtud,
esa honradez que pretende,
son redes que astuto tiende
a la incauta juventud.
No escrupuliza el malvado
de engañar y de fingir,
pues entre ellos el mentir
ni aún se tiene por pecado,
y como también hoy día
en el cariño hay sus modas,
el no enamorar a todas
lo juzgan descortesía.

INÉS
¿Mas no hay muchos que dan palo
y se casan?

ADELA
En amor
casarse no es lo mejor,
sólo sí es lo menos malo.
Quien el matrimonio abraza,
prepare resignación,
no sea que por melón
se encuentre con calabaza.

INÉS
Pues volviendo al nuevo amante,

a don Luis, saber deseo
que he de hacer, cual es mi empleo.

ADELA

A eso voy. Oye un instante.
Puesto que en la misma casa
viven los tres, he juzgado
que Perico, ese criado
de don Judas, cuanto pasa
ha de saber, y conviene
ponerle de nuestra parte
con el disimulo y arte
propios de quien naguas tiene.
Sonsácale, mas de modo
que nada llegue a entender.

INÉS

Tal encargo a una mujer
es ocioso. Quedo en todo,
pues, aunque gran marrullero,
es criado, y como tal
en tratando de hablar mal
que se desemboce infiero.
Mas suspendamos la junta (Mira a la puerta.)
que es don Luis.

ADELA

Ya lo sé.

INÉS

¿Señorita, y yo qué haré?
¿Me voy?

ADELA

¿Pues quién tal pregunta?
(Vase INÉS.)

Escena II

ADELA y LUIS. (Siéntase ADELA.)

LUIS

Adela a los pies de usted.
¿Cómo va? ¿Se han serenado

ya esos ojos?

ADELA
No señor.

LUIS
Mas el afligirse tanto
repare es perjudicial
a su salud.

ADELA
Ni un bocado
he podido probar hoy.
Hasta el agua me hace daño
en teniendo yo un pesar.

INÉS
¿Por qué no se acuesta un rato
y duerme?

ADELA
Tal pretendí;
pero no pude lograrlo
por más que hice. En este mundo
a nadie faltan cuidados,
y más a quien por desgracia,
es sensible.

LUIS
(Para el diablo
que se fiara de ti). (Aparte.)
Yo juzgo muy al contrario
incomparable fortuna,
poseer en alto grado
aquese don, que del bruto
distingue al género humano.
Si en la sensibilidad
tal vez pesares hallamos,
si ella de nuestras pasiones
es el poderoso lazo;
también por ella existimos,
también por ella gozamos,
y en fin, sin ella el amor
fuera sólo un nombre vano.

ADELA

¡Ah!

LUIS

¡Qué es esto! ¿Usted suspira
al nombre de amor? ¿Acaso
conoció usted su poder?
¡Ay bella Adelita! Cuantos
recelos ese suspiro,
despierta en mí. Mas si un lazo
anterior vuestra alma liga:
si su corazón más grato
fue a la llama de otro amante;
no lo ignore yo. Abrumado
de pesares, de tristezas,
aún puede tal vez la mano
del tiempo y la reflexión
curar la llaga, que el dardo
del amor abrió en mi pecho
mas si cediendo al encanto
de tantas gracias, yo mismo
doy alimento a mi daño:
si una esperanza fomento
de bienes imaginarios
que sólo fingen los sueños
de una pasión ¡cuán en vano
arrancar querré algún día
de mi corazón, el caro
objeto de mis suspiros!
¡Qué momentos tan amargos
envenenarán mi vida!
¡Cuántos pesares! ¡Y en tanto
otro más feliz disfruta
de ese cariño! ¡Y yo acaso
podré verlo sin morir!

ADELA

¡Ay Dios, Luis! ¡Qué alterado
está usted! ¡Pero yo... cómo!
¿Será posible?

LUIS

Sí. En vano
tan doloroso secreto
quiere ya ocultar mi labio.
Harto disimular pudo.
Harto tiempo mis quebrantos,

mis celos, mis sinsabores
supe devorar callando.
Sí adorable y bella Adela,
no lo dude usted, yo la amo,
y este amor, que eternamente
debiera estar encerrado
dentro de mí, ya en su furia
rompió del deber los lazos.
No ignoro los compromisos
que la ligan a un cercano
pariente, y por consecuencia
sé que amándola a usted faltó
a mis deberes; he aquí
de este silencio que extraño
puede parecer la causa.
Mas fuego mal apagado
basta a encenderle una chispa.
Así fue en efecto; el rayo
que vuestros divinos ojos
hoy a mi pecho lanzaron
me hizo ver que amor y celos
reprimirlos es en vano.
Usted tan solo, a mí mismo
me volverá, un desengaño
sea a mis males remedio
cruel, pero necesario.
¿Ni aun de tal favor soy digno? (Silencio.)
¿Cuál mi falta fue?

ADELA

¡Ah! Si en algo
aprecia usted con efecto
a esta Adela, no el quebranto,
no el pesar, con sus palabras
siembre en su pecho angustiado.
No, sin oír, la condene;
y pues este involuntario
accidente, de mi afecto
os dio ya indicios tan claros,
oiga usted todo. Mas antes
le exijo como hombre honrado
y caballero el secreto
de esta confianza.

LUIS

¿Acaso

podiera negarme a ello?
Sí, hermosa joven, por cuanto
más en este mundo aprecio
os prometo que guardado
siempre estará.

ADELA
Bien lo creo.
(Ya cayó este pez, finjamos). (Aparte.)

LUIS
(Para ser la vez primera
no miento de lo más malo). (Aparte.)

ADELA
En vano los grillos
de la autoridad
a un amante pecho
quieren sujetar.
En vano lo intentan,
que la voluntad
cuanto más ligada
más se muestra audaz.
Ni halagos, ni iras
consiguen jamás
que ceda o que tiemble
la que sabe amar.
Aquesto os recuerdo
porque, si en mi mal,
a un forzado lazo
consentí, no habrá
poder en la tierra
que un nudo fatal
hoy aborrecido,
me fuerce a aceptar.
¿Ni cómo dar puedo
un alma que ya
es de quien la supo
mejor conquistar?
Bien sé que una dama
no debe mostrar
su inocente afecto,
su amoroso afán;
mas cuando a mi cuello
se acerca el dogal
que a eterno martirio

me ha de sujetar,
de vanos respetos
no es el tiempo ya.
Perdonad si acaso
fui ingenua demás,
pues cuando mis penas
os llegó a fiar
no sé si hago bien
ni sé si hago mal.

LUIS

¿Con qué no es amado?

ADELA

No, ni lo será
Luis, yo os lo aseguro.
En mí confiad
pues yo en vos confío;
la tranquilidad
vuelva a nuestro pecho,
y... ¿Qué queréis más?

LUIS

¿Me engañáis, mi Adela?

ADELA

¿Podéis aún dudar?

LUIS

Sí, que siempre duda
quien ama.

ADELA

Es verdad,
mas ahora no hay causa.

LUIS

¿Y en fin, osará
prometerse el alma
remedio a su mal?
¿O tal vez (¡qué dicha!)
al fuego voraz
que mi pecho abrasa
no insensible es ya
mi adorada Adela?
¿Qué decís? Hablad.

ADELA
¿No hablaron mis ojos?
¿A qué exigir más?

LUIS
¿Seré pues dichoso?

ADELA
Sí, que pues callar
el alma no supo,
en vano será
que rehúse el labio
descubrir mi mal.

LUIS
¿Y me amaréis siempre?

ADELA
Eterno será
mi afecto.

LUIS
¿De veras?

ADELA
No engañé jamás.

Escena III

DICHOS y FERMÍN.

FERMÍN
¡Caramba! ¡Qué es lo que veo!
(Aparte, sorprendido.)

ADELA.
Don Fermín...

FERMÍN
¡Válgame Dios! (Aparte.)

ADELA
¿Si habrá oído...? (A LUIS.)

LUIS

¿No lo creo? (A ADELA.)

ADELA

¿Qué tenéis, saber deseo? (A FERMÍN.)

FERMÍN

(Y estaban solos los dos.) (Aparte.)

LUIS

¿Estás mudo?

ADELA

(Ya dio lumbre.) (Aparte.)

FERMÍN

Me duele algo la cabeza.

ADELA

¿Es alguna pesadumbre?

FERMÍN

Jamás tuve por costumbre
dar mérito s una simpleza.

ADELA

¿A una simpleza?

FERMÍN

Sí, a fe.

ADELA

Difícil es lo comprenda.

LUIS

(Que está picado se ve.) (Aparte.)

FERMÍN

Pues lo que me dijo sé,
y entiéndame quien me entienda.

ADELA

Vamos, en lo impertinente
bien se echa de ver su mal;
pero advierta que es prudente

no tomar mucho relente;
porque el tiempo está fatal.

FERMÍN
¿Es consejo?

ADELA
No, conseja.

FERMÍN
Ya pasé yo de esa edad.

LUIS
(De divertirme no deja.) (Aparte.)

ADELA
Nunca una persona es vieja
para escuchar la verdad.
¿En fin, qué es lo que ha pasado?
¿No logró usted sus deseos?

FERMÍN
Jamás me vi despreciado.

ADELA
¿O acaso ha resucitado
la que se murió en Burdeos?

FERMÍN
Eso es mi veracidad
poner en duda.

ADELA
No alcanza
a tanto mi necesidad;
mas juzgué que la amistad
es disculpa de una chanza.

Escena IV

DICHOS y DOÑA MARÍA.

DOÑA MARÍA
Señores...

LUIS

A vuestros pies
señora.

FERMÍN

Lo mismo digo.

DOÑA MARÍA

¡Hola! ¿Don Luis, qué es esto?

¿Cómo tan favorecidos
nos tiene usted?

LUIS

Al contrario,
yo soy quien me juzgo indigno
de los favores que siempre
me dispensó su cariño.

DOÑA MARÍA

Bien sabe usted que le quiero
como si fuese hijo mío.

LUIS

Mil gracias.

FERMÍN

(Miren también
la buena señora.) (Aparte.)

DOÑA MARÍA

Amigo,
las noticias de mi enferma
son fatales: ahora mismo
me han enviado a decir
que la dan sudores fríos,
y unos dolores de flato
que la tienen en un grito.

LUIS

¡Pobre señora!

DOÑA MARÍA

Y que un mal
es siempre mucho extravío
para una casa. Parece

que no es nada el sinapismo,
la cataplasma, el reparo
con la triaca y el vino,
y el puchero que se rompe;
pues siempre hace desavío,
aunque lo haya, sin contar
la mujer siempre al lebrillo
para aquello que se empuerca,
y la ayuda, y... pues no digo
nada de las medicinas.
No pondero, mas sí afirmo
que en la tal enfermedad
se han gastado, y no me admiro,
más pesos en el ruibarbo
que minutos tiene un siglo.

LUIS
¡Jesús señora!

DOÑA MARÍA
Si es mucho
lo que ha tomado ese pico.

FERMÍN
(¡Que charlar!) (Aparte.)

DOÑA MARÍA
Vamos Adela,
avíate, que es preciso
ir allá al momento.

ADELA
Voy.

DOÑA MARÍA
No te mudes de vestido,
sino ponte la mantilla
de cualquier modo.

ADELA
¿Y los rizos
he de arreglarlos?

DOÑA MARÍA
¿A qué?

ADELA
Como están ya tan caídos.

DOÑA MARÍA
Para la gente que habrá.
Oye, di a Inés, que yo digo
(Va y vuelve ADELA.)
que venga acá.

ADELA
Está muy bien.

DOÑA MARÍA
Ah, di también... (ADELA va y vuelve.)

ADELA
¿Qué?

DOÑA MARÍA
De frío
yo no sé como estaremos.

ADELA
Ni yo.

DOÑA MARÍA
Y luego paso el signo
con la tirantez de cuerdas
si a la vuelta no me abrigo.
¿Llevaré la papalina
o el pañolón de merino?

ADELA
Lo que usted guste.

DOÑA MARÍA
Pues bien,
entonces di...

ADELA
¿Y bien que digo?

DOÑA MARÍA
¿Que sé yo?

FERMÍN

(¡Qué pesadez!) (Aparte.)

DOÑA MARÍA

Lo que quieras, ya está dicho.

FERMÍN

(Quien pudiera echarte encima
una rueda de molino.) (Aparte.)

Escena V

DICHOS menos ADELA.

DOÑA MARÍA

Es mucha alhaja esta niña.
¡Qué alma tan bella! ¡Y qué lindo
corazón! Bien sabe Dios
que lloro como un chiquillo
cuando pienso que algún día
tal vez deje el lado mío.
En fin, lo que yo deseo
es que encuentre un buen marido
como ella, por ejemplo,
que él será feliz. ¿No digo

bien?

LUIS

¿Quién lo duda? Adelita
es un ángel, un hechizo.

DOÑA MARÍA

Yo aunque al fin es cosa propia,
y me está mal el decirlo,
con usted nada aventuro,
es joven de mucho juicio
y será muy buena esposa.
Bien sé que no es gran partido
porque es pobre; mas quien piensa
como debe, en su cariño
busca sólo la virtud.
¿No es esto verdad?

LUIS

Lo mismo

juzgo yo, ni más ni menos.

FERMÍN

(¡Vaya, que estoy divertido!
¡Que culebra es la mamá!) (Aparte.)

DOÑA MARÍA

Justamente es lo que digo
yo. Aun cuando por otra parte,
también hay mérito mío.
Yo le di una educación
como dan a pocos hijos
sus padres. Ella de lenguas,
ella de cortar vestidos,
pone la pluma muy bien,
ella peinar, hacer rizos,
y también alguna cosa
de respunte y dobladillo,
porque quise que hasta de eso
aprendiera. Es el avío
de cualquiera casa.

FERMÍN

¡Oh!, para eso
en Francia; allí hasta los niños
de ocho y de diez años saben
más que aquí a los veinte y cinco.
Pero; pues se habla de damas.
¡Qué educación! ¡Qué distintos
talentos de los de acá!
Eso es público y sabido.
Mujer hay allí a los quince
que ha compuesto siete libros
de novelas, que es su fuerte:
y no que aquí, un sobrescrito
apenas saben poner,
o una carta de amoríos
llena de muchos chapones,
letras a saltos y brincos,
sin chispa de ortografía,
con los renglones torcidos,
y una sarta de dislates
que, vaya, si yo me admiro
como hay tonto que las lea.
Así me dan tal fastidio.
Pero, volviendo al asunto,

a la prueba me remito
de mí propio. Yo llegué
a París, hecho un borrico,
como crían tierra adentro,
los más de los señoritos:
mi capa, mi calañés,
la chamarra, el cigarrillo,
el aparejo de campo
y apestando a ajos y a vino;
y en trece meses que estuve
largué la cascara, amigo,
de tal modo, que aún por fuera
ya ves si huelo a cortijo.
Es verdad que nunca quise
meterme en los laberintos
de academias y liceos,
porque esos son muchos líos;
pero aunque yo, por ejemplo,
física no haya aprendido,
sé bailar el rigodón.

LUIS

Que para el caso es lo mismo.

FERMÍN

Lo es, en cuanto al aprender.
Y a más tengo aquel bañito
que...

Escena VI

DICHOS, ADELA e INÉS (Con el pañolón.)

ADELA

Mamá, cuando usted guste
vamos.

INÉS

Señora, me han dicho
que usted me llamaba.

DOÑA MARÍA

Sí.

Ve luego al tocador mío,

y en el cajón, de esta mano
encontrarás un frasquito
de agua de olor, no hagas caso,
pero en aquel lado mismo
hacia el rincón, junto al peine,
está la carta que he escrito
esta tarde. Haz que la lleven
al correo. ¿Lo has oído?

INÉS
Sí señora.

DOÑA MARÍA
¿Conque estás?

INÉS
Sí señora.

DOÑA MARÍA
Oye. Y si el tío
de don Luis viene (don Judas)
le dirás que hemos salido
con precisión, y que así
por hoy, perdone el tresillo.
¿Lo entiendes?

INÉS
Sí señora.

DOÑA MARÍA
Cuidado que no haya olvido.

LUIS
Señoras, si ustedes gustan
iremos favorecidos
con su compañía.

DOÑA MARÍA
Sí,
con gran placer lo admitimos.
(FERMÍN va a dar el brazo a ADELA.)
Fermín, déme usted el brazo,
porque estos callos malditos
me matan.

FERMÍN

¡Yo...! Bien señora.
(Le da el brazo.)

LUIS
Pues la suerte lo ha querido,
tendré el honor. (A ADELA.)

ADELA
Soy la honrada.
(Le da el brazo.)

LUIS
Mil gracias.

FERMÍN
(Pues es bonito
el papel que voy haciendo. (Aparte.)
Por vida de...)

DOÑA MARÍA
Inés, repito
que no abras a nadie.

INÉS
Bien.

DOÑA MARÍA
Si llaman, por el postigo
pregunta quien es.

INÉS
Ya estoy.
(Jesús, y que tabardillo.) (Aparte.)

FERMÍN
(¡Yo con madres, santos cielos!) (Aparte.)

DOÑA MARÍA
Con que a Dios. Lo dicho, dicho.
(Vanse.)

INÉS
Bien lo entiendo.

Escena VII

INÉS

Pues, señor,
veremos del laberinto
quien sale. Mi señorita
gusta tanto de esos líos
de amores, que ciertamente
ha de ser hombre corrido
quien le ponga la ceniza
en la frente. Yo me admiro
de ver que hay hombres tan necios,
tan fatuos, que cuando han visto
tanto desengaño ajeno
se presten a que lo mismo
les suceda, ya se ve,
ese orgullo es tan maldito.
¿Pero quién me mete a mí
en eso. ¿Qué beneficio
me puede a mí resultar
de que quien no es novio mío
sea bueno, o sea malo,
sea tonto o advertido,
tenga dinero o no tenga?
Pues si nada gano, digo
que en nada quiero mezclarme.
Gracias a Dios, nunca he sido
curiosa, aunque soy mujer,
ni se me da tres cominos
de lo que hacen los demás;
y así aunque venga Perico
no le abriré, y de este modo
me ahorro de enredos. ¿No he dicho
bien? Ya se ve, que en la renta
del escusado es delirio
meterse. ¿Pero quién llama? (Llaman.)
¿Será Pedro? Pues, el mismo. (Se asoma.)
¿Le abriré o no le abriré?...
¡Qué tentación!... Y ya ha un siglo
que no me cuenta los chismes
de su casa y los vecinos...
Es verdad que no me importan;
mas saber no ocupa sitio...
y luego mi señorita
me encargó tanto... Hase visto (Llaman.)
prisa tal... Yo voy a abrir

y échense a la mar pelillos. (Va a abrir.)

Escena VIII

INÉS y PEDRO.

PEDRO

¡Jesús mujer!, ¿dónde estabas
que me tienes hace un siglo
echando la puerta abajo?

INÉS

Los criados han nacido
para esperar.

PEDRO

Ciertamente;
y no fuera bien visto
que una dama como tú
abandonase el lebrillo
o la sartén, para abrir
a los que llaman ¿No digo
bien?

INÉS

Y también. Mas no creas
que es todo oro, Perico,
lo que en el mundo reluce.
Por ejemplo, ambos servimos,
que parece condición
perversa, y aunque no digo
yo que es buena, no es mejor
la de muchos que podridos
están de pesos. No falta
el pan, estamos vestidos,
gozarnos la confianza
de uno y otro señorito,
y sabemos sus secretos,
y somos sus...

PEDRO

Desatinos.
¿Soy yo acaso como tú?

INÉS

Vamos, Pedro, que conmigo
es en vano hacerse pieza.
Deja esos escrupulillos,
que entre gentes cual nosotros
no deben ser permitidos,
y cuéntame de tu casa
la novedad. ¿A qué ha sido
el no esperado viaje
a esta ciudad del sobrino
de tu amo?

PEDRO

¿Y yo qué sé?

INÉS

¿No lo has de saber?

PEDRO

Te digo, (Dudando.)
que...

INÉS

Vaya deja simplezas.
¿Acaso tienes motivo
de desconfiar de mí?

PEDRO

Yo no, mas luego...

INÉS

(Ya es mio). (Aparte.)

PEDRO

Como que hasta las paredes
a veces tienen oídos...

INÉS

No temas.

PEDRO

¿Estamos solos? (Registrando.)

INÉS

¿También esa? Sí, Perico.
Habla por Dios o reviento.

PEDRO

Ya tú sabes que ha venido (Con misterio.)
mi amo.

INÉS

Lo sé. Adelante.

PEDRO

Y, o me engaño, o el motivo
de su viaje, es asunto
de grande entidad.

INÉS

Lo mismo
pienso yo, ni más ni menos.

PEDRO

Pues.

INÉS

¿Pero cuál? Vamos, dilo.

PEDRO

Eso es lo que yo no sé.

INÉS

Pues hombre estamos lucidos.

PEDRO

De modo es y de manera
que si hoy no lo sé; no afirmo
yo que mañana...

INÉS

Pues eso
es lo que importa. Advertido
ya de todo, será fácil
aprovechar un descuido
de don Luis. Un criado
de confianza; a su arbitrio
tiene las llaves del amo,
y en haciéndole un registro,
y en leyendo cuatro cartas,
cátate al punto instruido
de todo. ¿No será mengua

que un hombre a quien los colmillos
le han salido en la cocina,
que es en este mundo el sitio
donde más se aprende, ignore
lo que piensa el señorito?
Vaya que fuera vergüenza.
Así mira que confío
en tu maña, y si ocurriere
algo de nuevo, el aviso
me darás al punto.

PEDRO

El caso
es que don Luis ha traído
otro criado de allá.

INÉS

¿Y qué tal?

PEDRO

El más ladino
que ha salido de Madrid.

INÉS

La manzanilla y el tinto
contra empacho de secretos
son el mejor vomitivo.

PEDRO

Como uno no está enterado
en sí allá...

INÉS

¡Qué desatino!
Si en Madrid con Valdepeñas
suelen despechar los niños.

PEDRO

Entonces voy a buscarle.

INÉS

Pues a la taberna y chito
que aquesto interesa. ¿Entiendes?

PEDRO

Entiendo. (Cumplí mi oficio.

Ahora a dar cuenta a don Luis) (Aparte.)
Conque a Dios.

INÉS
A Dios Perico.

PEDRO
¡Jesús! Ya se me olvidaba. (Va y vuelve.)
Me encargó mi amo (el tío)
viniese a saber si salen
tus señoras.

INÉS
Bien lo has visto,
salieron ya. ¿Y a qué viene
esa pregunta?

PEDRO
Imagino
será para no venir
si esta noche no hay tresillo.

INÉS
Es verdad.

PEDRO
Pues hazte cuenta
que me iba ya sin decirlo,
cuando esto solo me trajo
aquí.

INÉS
¿Sabes que es bonito
tu modo de hacer encargos?
Si así cumples con los míos
dígotte Pedro...

PEDRO
Eso no.
Bies sabes tú que contigo
nunca me faltó memoria.

INÉS
¿Y voluntad?

PEDRO

No lo afirmo.

INÉS

¡Jesús que poco galán!

PEDRO

¿Pues el mentir no es delito?

INÉS

Con quien tiene naguas, no.

PEDRO

Me alegro haberlo sabido.
En fin, yo prometo verte
bastante pronto.

INÉS

¿Confío?

PEDRO

Por la fe de caballero.

INÉS

No me hace gran fuerza, amigo,
que los plebeyos no tienen
más fe que la de bautismo.

PEDRO

Pues yo te juro...

INÉS

Tampoco
los juramentos admito
que saben jurar en falso
hoy día, hasta los chiquillos.

PEDRO

Por el alma de mi abuela...

INÉS

Hombre, calla, no seas niño.
¿Le dirás verdad a un muerto
cuando engañas a los vivos?
En fin, no pierdas más tiempo,
que hartos quizá hemos perdido
en charlar.

PEDRO
Sí eres mujer.

INÉS
Tú criado que es lo mismo.
¿Conque hasta luego?

PEDRO
Hasta luego. (Vase.)

INÉS
(A Dios propósitos míos.) (Aparte.)

ACTO TERCERO

Escena I

DON JUDAS y DON LUIS, éste leyendo una carta.

DON JUDAS
¿Y bien? Ya estamos aquí.
¿Se podrá saber la causa
de haberme con tanta prisa
traído de la muralla
a hora tan intempestiva?

LUIS
¿Pues las diez de la mañana
es hora acaso...?

DON JUDAS
Sí tal,
para venir a una casa
ajena... Y precisamente
cuando don Bruno Zabala,
sobrecargo de la Carmen,
a leernos empezaba
el reglamento propuesto
del puerto franco. A Dios gracias
veremos esa bahía
con cara de gente. ¡Calla!

¿Pero tú no atiendes, hombre?

LUIS

Ya usted sabe la maraña (Guarda la carta.)
en que estoy metido?

DON JUDAS

Sí;
pues me la dijiste.

LUIS

Y tanta
ha sido en esto mi dicha,
que aún antes que lo esperaba,
una imprudencia de Adela
me ha dado el medio y la traza
de darles una lección
a entrambos: lección amarga;
pero forzosa. Del uno
la presunción insensata;
el coquetismo insufrible
de la otra, no reclaman
indulgencia en este punto.
Ni me debe arredrar nada
cuando evitar me propongo
no menos; que la desgracia
de un primo a quien amo. Así
oiga usted todo.

DON JUDAS

Ya tardas.

LUIS

Después del paso de ayer,
paso que tan mala cara
costó al fingido Fermín,
viendo que mis esperanzas
caminaban a su logro,
juzgué que sólo faltaba
remachar del todo el clavo.
Presto resolví: a mi casa
me vuelvo, y fingiendo celos,
a Adela escribo una carta,
que anoche mismo por Pedro
recibió. Allí le mostraba
haber acaso sabido

los lazos que la ligaban
a Fermín, de ella me quejo,
la llamo pérfida, ingrata,
y lo demás que se dice
en tales casos: sus gracias
acuso, y de mi desdicha
me lamento. Ni fue vana,
ni inútil resolución;
pues esta misma mañana
recibí un billete suyo.

DON JUDAS
¡Un billete!

LUIS
Cosa es clara.
El buscar a Inés, tan solo
me trajo aquí, que me importaba
salir pronto de cuidados.
Con efecto, en acechanza
me la encontré ya esperando
el medio de que llegara
a mis manos, que fue fácil
sin que usted cayese en nada.

DON JUDAS
¿Pues sobrino del demonio,
y por hacerme tú... (¡vaya!)
sólo desde allá me traes
hecho un galgo? No está mala
la especie. Si estoy molido;
como que en largando gavias
y poniéndote a la vía,
no hay diablos que te den caza.

LUIS
Calle usted por Dios, señor,
y oiga hasta el fin con cachaza.

DON JUDAS
Callo y oigo.

LUIS
Mi intención
ya con esto se lograba.
En su esquila por supuesto

me afirma que fue infundada
la voz de ese compromiso;
y porque no me quedara
duda, dice de Fermín
mil pestes, dos mil infamias:
le tilda de vano y tonto,
de presumido le tacha.
En fin, es tanto y tan malo
que muy mal rato le aguarda
cuando lo sepa.

DON JUDAS

¿Y acaso
lo sabrá?

LUIS

¿Pues no? La carta
debe él mismo ver, y en ella
la prueba evidente y clara
de aqueso amor que pondera.
Mas no es prudente que vaya
por mi conducto: un acaso
los inconvenientes salva.
Así pienso que Perico,
valiéndose de su maña,
haga que el otro la vea,
sin que parezca que...

DON JUDAS

¡Calla!
Con que también el buen Pedro
anda metido en la danza.

LUIS

Sí señor, es criado antiguo,
y como tal, una alhaja
para embrollos. Luego es fuerza
hablarle, porque la trama
sigamos todos de acuerdo.

DON JUDAS

Que no vayamos por lana
y volvamos en bandolas.

LUIS

Que, no señor.

DON JUDAS

Dios lo haga.

Mas mira que en estos casos
es precaución necesaria
llevar la escota en la mano,
y si acaso el viento carga,
arriar al punto el chicote,
que el hacerlo en tiempo es ganga.
En fin sea, pues lo quieres.

LUIS

¿Pero usted qué teme?

DON JUDAS

Nada.

Yo en aferrando juanetes
venga mar. Mas en sustancia
¿en esto qué pito toco?

LUIS

A eso voy. Vuestra embajada
tiene otro objeto. Es forzoso
el que ella por sí deshaga
su compromiso. Además
conviene el darle una causa
poderosa que la obligue
a dejarme. Así se salva
mi propia delicadeza;
así más claro resalta
el carácter de la niña,
y en fin, así se preparan
humillantes desengaños
para el que tanto fiaba
de sí mismo. Todo aquesto
se conseguirá.

DON JUDAS

No es nada,

¿y todo lo he de hacer yo?

LUIS

Muy fácilmente: a esta sala
vendrá presto la mamá.

¿No es así?

DON JUDAS
Ya está avisada.

LUIS
Pues usted con ella a solas
se quedará, y engañarla
es necesario.

DON JUDAS
¿Ahora mismo?

LUIS
Sí. Hacerle una confianza
fingida es golpe seguro.

DON JUDAS
Ya caigo. ¿Conque aquí encaja
bien todo lo que ayer noche
me dijiste de la falsa
venida, y de los papeles,
y de...?

LUIS
Pues. Mas importaba
tener la prueba en la mano
antes de aventurar nada.
Por eso no me expliqué
entonces más claro.

DON JUDAS
¡Vaya!
Por San Telmo que estoy tonto.

LUIS
Me voy a seguir la trama;
pues Perico es necesario
aquí venga sin tardanza
e instruya a Adela y a Inés
de todo.

DON JUDAS
¿Otra confianza?

LUIS
Sí, mas ésta no es fingida,
antes cierta. Pero calla,

ya viene allí la mamá.
Cuenta con que...

DON JUDAS
No habrá falta.

LUIS
Que exija usted el secreto.

DON JUDAS
¿Y para qué?

LUIS
Cosa es clara,
porque lo diga más pronto. (Vase LUIS.)

DON JUDAS
Bien, a Dios.

Escena II

DON JUDAS
No me faltaban
a mí más que estos sobrinos.
¡Y qué enredos! ¡Qué marañas
traen allá! Como esto dure
doy de quilla. Pero al arma
que aquesta urca enemiga
está ya a tiro de bala.

Escena III

DOÑA MARÍA y DON JUDAS. (Se sientan.)

DOÑA MARÍA
Felices señor don Judas.
Dispense usted mi tardanza.
Ya se ve, con estos males
tenemos tan trastornadas
las horas que...

DON JUDAS

Entre personas
que ha tanto tiempo se tratan
no debe haber ceremonias.
Por esto, y porque importaba
vine a ver a usted.

DOÑA MARÍA
¿Pues qué?
¿Hay novedad?

DON JUDAS
Patarata,
una mano de noroeste
que metemos en el agua
los penoles.

DOÑA MARÍA
¿Y en cristiano
qué significa esa sarta
de nombrachos?

DON JUDAS
A eso voy.
Mas le exijo la palabra
de que reserve la especie.

DOÑA MARÍA
Por supuesto.

DON JUDAS
A la muchacha
aunque haya fuerza de vela
no se lo diga usted.

DOÑA MARÍA
Nada.
Sí, pues bonita soy yo
para chismes. En mi casa
jamás hubo un sí ni un no,
y eso que entonces estaba
hecha siempre un jubileo.
Mi Simón, que de Dios haya,
gustaba mucho de gentes:
su refresco no faltaba
por las noches. Es verdad
que eran tiempos en que andaba

Dios por el mundo, y cien pesos
a ninguno le faltaban;
mas hoy día, todo, todo,
viene a menos, hola, y gracias
quien tiene un pasar.

DON JUDAS

Señora,
¿me deja usted hablar?

DOÑA MARÍA

¡Vaya!
¿Le tapo acaso la boca?

DON JUDAS

Por fin, atención y calma.
El caso es que mi sobrino,
(el novio de la muchacha
que digamos) de Sevilla
dio la vela, y por las trazas
parece hace rumbo a Cádiz.
Además, en confianza,
sé también cuál es su objeto.

DOÑA MARÍA

¿Y será?

DON JUDAS

Estar a la capa
sin darse a reconocer
ni izar pabellón.

DOÑA MARÍA

¡Extraña
resolución! ¿Mas por qué?

DON JUDAS

Porque quiere en acechanza
ponerse. Juzgo le han dicho
no sé que cosas, patrañas
por supuesto, de la chica:
tonterías: verbigracia
que si es coqueta, si funda
su vanidad y su gala
en que cuantos hombres mira
arrían bandera a sus gracias,

que si lleva siempre amantes
al costado. Nada, nada.

DOÑA MARÍA

Malas lenguas que la tienen
envidia.

DON JUDAS

Cabal.

DOÑA MARÍA

Dejarlas.

Yo sé la hija que tengo,
y sé quien es.

DON JUDAS

Pues, y basta.

Pero como él en su vida
ni la ha visto, ni la trata,
ni sabe sus propiedades;
ya se ve, teme, y con causa,
hacer avería gruesa
en alta mar. Pues no es nada,
la honrilla. Y los sevillanos
que en siendo de clase y casa
se creen ellos más altos
que el tope de la giralda.
A más también quiere ver
el cariz de la muchacha,
como es regular, y aunque ella
es linda como una plata,
al fin no es doblón de a ocho
que a todo el mundo le agrada.
Tampoco fuera imposible
que en sus proyectos entrara
ponerle la proa, digo
hacerle el amor.

DOÑA MARÍA

Ya escampa.

¡Vaya que el tal señorito
por vida mía es alhaja!

DON JUDAS

Cosas de niño mimado.
Ya ve usted el de su casa

fue el ídolo siempre, vivo,
poca edad, poca sustancia
y barro a mano ¿quién diantres
es capaz de irle a la zaga?

DOÑA MARÍA

¿Y el vinculillo qué tal?

DON JUDAS

¡Vinculillo! Pues no es nada.
Si ahora con la nueva herencia
es suyo medio Triana.
Y en cuanto a la sangre ¡Ya!
Más noble que doña Urraca,
es hijo de veinticuatro,
y heredero, que esa vara
¿quién se la quita?

DOÑA MARÍA

¿También?

DON JUDAS

Pues.

DOÑA MARÍA

¿Y si acaso se encaja
aquí ese señor qué hacemos?
¿Vamos diga usted?

DON JUDAS

Cachaza.
Por ahora lo que interesa
es dejar que ande la danza,
y quedarnos al socaire
hasta que haya una empopada.
Más claro: izar la sueca.
¿Me explico?

DOÑA MARÍA

Sí. (Estoy en brasas.) (Aparte.)

DON JUDAS

En cuanto a Adela, no quiero
que sepa ni una palabra,
porque luego habrá sponcios,
convulsión y marejada,

y nervios y...

DOÑA MARÍA

En todo estoy.

DON JUDAS

Además, porque la trama
mejor se oculte, y la cosa
con más disimulo vaya,
piensa enviarme al momento
los papeles que hacen falta
en el caso, como fees
de bautismo, la palabra
de casamiento, y en fin,
que sé yo de enredos y trampas,
que siempre una boda tiene
más cabos que quince jarcias.
Ítem más. Porque en el lazo
ustedes más presto caigan
dirá que, pues sus quehaceres
por ahora lo separan
de Adelita, está impaciente
por verla aunque sea pintada,
y pedirá su retrato.

DOÑA MARÍA

¡Su retrato! ¡Cosa extraña!
¿Sin mandar el suyo?

DON JUDAS

No.

Es que de enviarle trata.

DOÑA MARÍA

Aqueso ya es otra cosa;
pero la juzgo bobada;
pues si con efecto es de él
conoceremos su cara,
y entonces se lleva el diablo
las ficciones y las trampas.

DON JUDAS

Cuando él lo envíe, será
porque ya tendrá saldadas
esas cuentas, es decir,
que estará fuera de barra

sin temer puntas ni bajos,
y navegando en cien brazas.

DOÑA MARÍA

Bueno es saber todo eso;
porque hablando en confianza,
quien de buenas a primeras
viene pidiendo casaca,
en el tresillo de novios
son cinco estuches de entrada,
que es juego que nadie pierde.

DON JUDAS

Mas los renuncios se pagan.

DOÑA MARÍA

Ese es el mal. ¿Pero cómo
tendré yo noticia exacta
de su venida?

DON JUDAS

Es muy fácil;
pues estando ya avisada
bien podrá usted por la boya
conocer donde está el ancla.
Con que me voy. (Toma el sombrero.)

DOÑA MARÍA

Hasta luego.

DON JUDAS

¿Y Adela?

DOÑA MARÍA

Si usted la aguarda
vendrá, que fue al tocador.

DON JUDAS

No. No quiero: estará en banda
todavía, y las mujeres
me gustan aparejadas
aunque soy viejo. Lo dicho. (Vase.)

DOÑA MARÍA

Descuide usted.

Escena IV

DOÑA MARÍA y después INÉS.

DOÑA MARÍA

Pues no es nada

(Observa si se ha ido.)

lo que pide. ¡Qué yo calle!

¡Yo que hablo con una estatua!

¡Vamos, vamos, que don Judas
olvidó que tengo naguas.

¡Qué grosero! ¡Qué insolente!

¡Querer taparle a una dama

nada menos que la boca!

Vaya al diablo el muy bestiaza.

¡Callar! ¡Qué es callar? Inés,

Inés.

INÉS

Allá voy. (Dentro.)

DOÑA MARÍA

¡Qué calma!

¡Jesús qué peso! Si estoy

por ponerme a la ventana

y contárselo al primero

que pase. ¡Mas cómo tarda!

Mejor será que... (Se levanta.)

(Sale INÉS.)

INÉS

Señora.

¿Qué ha ocurrido?

DOÑA MARÍA

Nada.

INÉS

¿Nada?

Como gritaba usted tanto.

DOÑA MARÍA

¿Y la niña dónde anda?

INÉS

Se está vistiendo.

DOÑA MARÍA

Pues dile...

No le digas. Que yo vaya
será mejor. (Vase.)

Escena V

INÉS

Lleve el diablo
si yo entiendo una palabra
de este enredo. ¿A qué vendrán
estos secretos del ama
con su hija? Sabe Dios
que a no hacerme tanta falta
diera un dedo por saberlo
ahora mismo. ¿Y quién aguarda
cinco minutos o seis
a que el pelmazo se vaya
de la madre? No señor.
La cerradura, a Dios gracias,
está convidando. Así
voy de puntillas y... ¡Calla! (Ve a PEDRO.)
¡Pedro tan pronto! Por cierto
no creí yo...

Escena VI

INÉS y PEDRO.

PEDRO

¿Estás en casa?

INÉS

Y de ceremonia.

PEDRO

Ya.

Como esperando embajadas.

INÉS

Pues di la tuya, y vivito
márchate, no riña el ama
si ve...

PEDRO

No es ella mujer
que se asusta de fantasmas
con esa facilidad.

INÉS

En fin, vamos. ¿Que te tardas?

PEDRO

Es que estoy viendo si acaso... (Registrando.)

INÉS

Por Dios, Pedro, que estoy harta
de tus misterios.

PEDRO

¿No hay nadie
que pueda...?

INÉS

Ni gatos. Habla.

PEDRO

Pues, señor, has de saber
como desde anoche, gracias
a tu consejo, al corriente
estoy de cuanto importaba.
Don Luis tan solo ha venido
a Cádiz con la esperanza
de ver a una señorita
que aquí muy presto se aguarda
de... no sé donde.

INÉS

¿De veras?
¿Mas por qué?

PEDRO

La cosa es clara.
Porque está loco por ella.

INÉS

¿Con qué la quiere?

PEDRO

¡Caramba
si la quiere!

INÉS

Pero acaso
ya no la quiere.

PEDRO

No es mala
conclusión. Anoche mismo
le escribí, por si llegaba
a buen tiempo, y por más señas
yo eché al correo la carta.

INÉS

¿Con sobre a ella?

PEDRO

Sí.

INÉS

Luego
tú sabes como se llama.

PEDRO

Sí lo sé; mas no me acuerdo
de su apellido.

INÉS

Nos basta
El caso es que quiere a otra,
y llámese Pepa o Juana
es lo de menos. ¡Qué tal!
¡El hombre de bien! Ya escampa.
¡El de la formalidad!
¡El juicioso! ¡Qué canalla
son todos! ¿Y dirán luego
de las mujeres? ¿No hay nada
más?

PEDRO

¿Y qué más?

INÉS

Sí, no es poco.

Pero... vete ya. ¿Qué aguardas? (Mira adentro.)

PEDRO

Me voy. ¿Mas por qué tal prisa?

INÉS

Es que ya sale mi ama
del cuarto de su Adelita,
y puede ser que...

PEDRO

No haya
miedo; pues antes que llegue
estoy yo un tiro de bala
de aquí. Conque a Dios.

INÉS

A Dios.

PEDRO

(La embrolla no va muy mala.) (Aparte.)
(Vase.)

Escena VII

ADELA e INÉS.

INÉS

¿Y bien?

ADELA

¡Lance original!
He sabido en este instante
que debe llegar mi amante
muy presto.

INÉS

¡El amante! ¿Cuál?

ADELA

¡Que pregunta!

INÉS
¿Y hago mal?

ADELA
El de Sevilla.

INÉS
Famosa
idea; mas vuestra prosa
ya es antigua algarabía,
que amante y novio, en el día
suelen ser distinta cosa.
En fin, forzoso es pensar
que hemos de hacer en tal caso.

ADELA
Las circunstancias y el caso
son quienes me han de guiar;
aún hay tiempo, y a mal dar
obre el ingenio después,
y si ayuda el arte, Inés,
sucumbirá la razón,
que si es calva la ocasión
nunca es manco el interés.

INÉS
Mas antes conviene...

ADELA
Ver
del otro las intenciones
que en estas resoluciones
vale el ardid de mujer.
¿Y tú llegaste a saber
algo de don Luis?

INÉS
Ahora.

ADELA
¿Y de buena fe enamora?

INÉS
¿De buena fe? Dios la dé.

ADELA

¿Mas tú qué supiste?

INÉS

¿Qué?

Que es como todos, señora,
que no ama, ni por asomo,
que otra es su antiguo cariño,
que ayer le escribió, y que el niño
es maula de tomo y lomo.
Que ya no es dable (¿Ni cómo?)
sujetar su corazón,
y que en aquesta ocasión
de medio a medio la erramos,
pues que pichón le juzgamos
cuando es palomo ladrón.

ADELA

¿Qué chasco! Mas aún no es tarde;
por fortuna a tiempo estoy,
y lo que puedo hacer hoy
vano es que a mañana aguarde.
Nada hay, pues, que me acobarde
en lance tan oportuno.
Así de entrambos, ninguno
será presto mi amador;
que no es mal juego en amor
perder dos por ganar uno.

INÉS

Con que usted piensa.....

ADELA

Al momento
dejarlos, y esto es seguro;
que si más tardo, aventuro
mi fama y mi casamiento.

INÉS

¿Mas con cuál pretexto?

ADELA

Ciento
hay siempre para acabar:
y algo se ha de aventurar

que en la malilla de amor
es capote de favor
el quedarse sin casar.

INÉS
Ya deseo la ocasión
de que lleguen.

ADELA
Mas, espera. (Ruido dentro.)
¿Quién sube por la escalera
con tal precipitación?

INÉS
Señorita, sí. Ellos son. (Se asoma.)

ADELA
¿Quiénes?

INÉS
Los dos.

ADELA
Como soy,
que presto llegan.

INÉS
¿Me voy?

ADELA
Sí, vete y nada receles;
pues o quemó mis papeles,
o golpe seguro doy. (Vase INÉS.) (ADELA se sienta.)

Escena VIII

ADELA, LUIS, FERMÍN con una carta.

FERMÍN
No señor, que has de venir
aquí conmigo.

LUIS
¡Estás lelo!

FERMÍN

Y ha de ver su propia carta:
y la he de decir...

ADELA

¡Qué es esto!
¡Qué alteración! ¡Qué semblante!
¿Hay acaso...?

FERMÍN

Nada bueno,
y extraño mucho, señora...

LUIS

(A FERMÍN.)
Hombre, por Dios

FERMÍN

Que a un sujeto
como yo, así se le falte.
¿A qué vienen fingimientos?
Todo lo sé, y esta carta
que acaso hallé en mi aposento
caída, muy bien me muestra
de lo que es capaz un pecho
femenil. ¿Conque soy tonto?
¿Conque yo soy majadero?
¿Yo...?

ADELA

¿Y bien?

FERMÍN

La frescura alabo.
¿Pues si tengo esos defectos?
¿Por qué me quiso?

ADELA

¿Quién, yo?
En mi vida.

FERMÍN

Pues es bueno.
Vive Dios que me colgara
de una viga. ¡A mí un desprecio!

¡A mí una mujer!

LUIS

Fermín.

¿Y a ti qué te importa eso?

FERMÍN

No que será a ti.

LUIS

Tampoco.

Pero corno nunca un bledo
te se ha dado de esas cosas
que tú apellidas babeos,
pensé yo que...

FERMÍN

Mal pensado.

En fin, la broma y los juegos
deja; pues en lance tal
vienen muy fuera de tiempo.

LUIS

Perdona, amigo, creí
que obrases ni más ni menos
como hablabas.

FERMÍN

(¡Qué lección!) (Aparte.)

LUIS

Mas, pues me engaño, te ofrezco
hacer porque aqueste error
no sea fatal a tu afecto.

ADELA

(¿A dónde vendrá a parar?

Mas callar es lo más cierto.) (Aparte.)

LUIS

Veo que quieres a Adela.

FERMÍN

¡Yo!

LUIS

Sí, porque tienes celos
y esa es señal que no falla.

FERMÍN

Que la quise no te niego;
pero...

LUIS

Silencio y escucha.
Adelita, yo confieso
que obré mal: nunca debí
atentar a los derechos
de un amigo. Así es forzoso
que ambos castiguen mi yerro.
Hágase la paz, y pues
yo por mi parte ya cedo,
cedamos todos, y acaben
de una vez esos muñecos.
¿No es verdad Adela? (Silencio.)

FERMÍN

¿Ves?

LUIS

Dice un español proverbio:
que el que calla es porque otorga.
Pues señor, esto está hecho.
Llega tú, que aquestos son
los privilegios del sexo.

FERMÍN

Mas si yo tengo razón
¿por qué he de ceder?

LUIS

Lo entiendo.
Pero no basta ser justo,
es forzoso parecerlo,
y quizá tú aunque lo ignores
habrás dado fundamento
de sospecha. Son las damas
quisquillosas en extremo
por lo regular, y a veces
el rencor hace su efecto;
mas no dura, que el amor
sabe perdonar muy presto.

FERMÍN

¡Pues qué... un hombre como yo
se ha de humillar!

LUIS

¿Y qué medio?

FERMÍN

Pero...

LUIS

Las faldas no humillan.

FERMÍN

Pues tú lo quieres, me acerco.
Adelita ya ve usted
como yo al cabo... (No acierto
que decirle) sus injurias
supe olvidar, y pues esto
es de cariño tal prueba,
exijo que por lo menos
se me diga, qué motivo
pudo dar pie a tanto yerro.
No busco culpa: no Adela.
Busco sí arrepentimiento.
¡Pero qué! ¿Usted el semblante
vuelve? ¿Usted el rostro bello
oculta de mí? ¿Se aflige?

LUIS

(Bien, por Dios). (Aparte.)

FERMÍN

¿Y será cierto? (Se arrodilla.)
¿De ese corazón, por dicha
aún no he perdido el afecto?
¿Podré esperar?

ADELA

Ah, ah, ah. (Se ríe.)
Parece está usted haciendo
algún paso de comedia. (ADELA se levanta.)

FERMÍN

¡Señorita...! ¡Yo!

LUIS

Hecho un hielo
se quedó. ¡Qué humillación!
¡Qué ceguedad! ¡Y qué ejemplo
para el que a todas desprecia! (Aparte.)

FERMÍN

Mas...

ADELA

Fermín, bromas dejemos
a un lado. Si hoy por fortuna
a su buen humor me presto;
mañana tal vez... (FERMÍN se levanta)

FERMÍN

¿Pues qué?
¿Lo ha tomado acaso a juego?

ADELA

¿Y cómo lo he de tomar?

FERMÍN

¿Conque usted por lo que veo
no me quiere?

ADELA

No señor.

FERMÍN

¿Ni jamás me quiso?

ADELA

Menos.

FERMÍN

¿Ni nunca fuera feliz
a mi lado?

ADELA

Ni por pienso.
Fermín, lo propio que dije
en mi carta, eso sostengo
y sostendré. Quien se juzga
de los corazones dueño

sólo con una mirada:
quien humilla al bello sexo
sin distinción, y quien halla
milagros en el desprecio;
sólo éste merece. Usted
júzguese su propio pleito.
Y advierta de hoy para siempre,
que las mujeres, durmiendo
saben mucho más que el hombre
aunque esté muy bien despierto.
Que si quieren engañarle,
lo harán, sin otro remedio.
Que con ellas, la experiencia
vale poco; pues es cierto
no se hallarán en la tierra
dos iguales, y sabemos
que el conocer y juzgar
los corazones, es cuento.
Si esta lección aprovecha;
si escarmienta en propio yerro
tanto mejor para usted.
En cuanto a mí...

LUIS

¡Mas qué es esto!
¿Acaso habla usted de veras?

ADELA

Y tan de veras, que es tiempo
de que le toque suya.

LUIS

¡A mí!

ADELA

¿Pues no?

FERMÍN

¿Estoy despierto? (Aparte.)
Por Dios no sé que me pasa.

ADELA

Señor don Luis, no quiero
recordarle su conducta
hasta aquí. Nadie un defecto,
nadie en usted una tacha

pudiera hallar.

LUIS

Yo agradezco...

ADELA

Le suplico que reserve
esas gracias para luego.
¡Pero cuánto se engañaba
quién así juzgó! Encubierto
bajo apariencia tan dulce
se hallaba sutil veneno.
Fingiendo pasión, ternezas,
simulando amor y celos,
tendisteis la red, que a dicha
supe yo evitar a tiempo.
¿No es esto verdad, Luis?
Diga usted si con efecto
no ama a otra. Si ayer mismo
no le escribió. Si su objeto
no es el unirse con ella.
En fin, hable usted.
No acierto...

(Fingiendo turbación.)

LUIS

Señorita... yo... es verdad
que... si... Todo va saliendo (Aparte.)
como esperaba.

ADELA

No más,
que esto es suficiente.

FERMÍN

¿Pero
no hemos de saber...?

ADELA

Sí tal.
Por mi parte esto es resuelto.
Usted, señor don Luis,
busque otra tonta (que a cientos
las hallará) y a su salvo
pruebe en ella sus enredos;
sus novelescas pasiones,

aquellos fingidos celos,
y aquel amor, que no ha mucho
pintaba con tanto fuego.

LUIS

Con que esto quiere decir...

ADELA

Que hemos concluido.

LUIS

(Bueno). (Aparte.)

ADELA

Y en cuanto a usted don Fermín,
con repetir me contento
lo que hace poco dije,
pues tanto vale, y valemos
tan poco, hallará de sobra
quien sujete el dócil cuello
a su amor, si es que se digna
evarla a tanto puesto;
pero por la que a mí toca,
su presunción, sus defectos
son tales, que no es posible
disimularlos. Por eso
ni le he querido en mi vida,
mi le querré, ni le quiero.
Creo haber dicho bastante.

FERMÍN

No señora, ni por pienso.
¿Cómo ha de bastar? Mi honor
está ultrajado, y pretendo
aclarar este negocio
a todo trance.

ADELA

¿Y qué medio?

FERMÍN

¿Qué medio? Usted lo verá.
¿No sabe acaso que tengo
en mi mano la venganza?
¿No sabe que soy...?

LUIS

Silencio (A FERMÍN.)
por Dios. (Él va a descubrirse (Aparte.)
y aún no debe).

ADELA

¿Qué misterio
es ese? Por fin sepamos.

FERMÍN

Sí señora. Lo sabremos,
puesto que usted lo desea.

LUIS

(Y aún no viene.)
(Mirando hacia fuera.) (Aparte.)

FERMÍN

Yo... No quiero
(Le tira de la casaca.)
callar, que ya de la manta
tiró el diablo, y...

LUIS

Mas... (A FERMÍN.)

FERMÍN

Ni atiendo,
ni quiero oír.

LUIS

(¿Y qué haré?, (Aparte.)
mas me ocurre un pensamiento).
Es muy extraño Fermín,
que con tono tan grosero
te atrevas así a faltar
de una dama a los respetos.
Si crees porque está sola
que impunemente has de hacerlo;
si con esas amenazas,
si con gritos descompuestos
juzgas vindicar tu honor
mucho te engañas. No veo
ya en ella a quien me desaira,
no escucho el resentimiento,
solo sí en aqueste instante

me acuerdo, soy caballero,
y como tal no me agrada,
ni en mi presencia consiento
que se ultraje a una señora.

FERMÍN

¿Y a ti quién para este entierro
te dio vela? Un mal amigo,
un hombre a quien yo hice dueño
de toda mi confianza,
que de ella abusa ¿es por cierto
quien se atreve a echarme en cara
mi proceder?

LUIS

Te lo echo.
Sí señor.

FERMÍN

Pues yo no sufro... (Gritos.)

LUIS

Yo tampoco.

ADELA

¡Santos cielos!
¡Pues cómo! Por Dios señores...

LUIS

Está muy bien. En saliendo
se verá. (Van hacia la puerta.)

FERMÍN

Cuando tú gustes.

ADELA

(Mal golpe fuera por cierto. (Aparte.)
Valga el arte). Ay que me da.
Mamá. (Se deja caer en una silla.)

LUIS

Adelita.

Escena IX

DICHOS y DOÑA MARÍA.

DOÑA MARÍA

¡Qué es esto!

¡Qué alboroto! ¡Qué algazara!

LUIS

Señora...

DOÑA MARÍA

¡Mas qué estoy viendo!

Mi niña. ¡Válgame Dios!

¿Pero ustedes que le han hecho?

FERMÍN

Yo nada.

LUIS

Ni yo tampoco.

DOÑA MARÍA

¿Pues a qué habrá sido ello?

Vamos, sin duda será

porque como hoy hubo truenos.

LUIS

Los truenos fueron, no hay duda.

¡Pobre Adela!

FERMÍN

(Para el perro (Aparte.)

que se fiara.)

DOÑA MARÍA

Ay Jesús

Inés.

Escena X

DICHOS e INÉS.

INÉS

Señora.

DOÑA MARÍA
Corriendo
traeme aquí el Pericón,
y mientras yo le hago fresco,
(Se va y vuelve con el abanico.)
aflójale tú el corsé,
dale agua. ¡Qué desconsuelo!
Que se me muere mi hija,
que se me muere.

Escena XI

DICHOS y DON JUDAS con un paquete en la mano.

DON JUDAS
Laus Deo.

LUIS
(Mi tío, salí de afán.) (Aparte.)

DON JUDAS
Señoras felice día. (Deja el paquete.)
¿Mas qué es esto? ¿Hay avería?

DOÑA MARÍA
Sí señor.

DON JUDAS
Voto a San.

DOÑA MARÍA
Sostenla tú. (A INÉS.)

INÉS
No se cae.

DOÑA MARÍA
Inés, traele aquello...

INÉS
¿Cuál?

DOÑA MARÍA
Aquello que huele mal.

DON JUDAS

Cuenta con lo que se trae.

LUIS

¿El éter?

DOÑA MARÍA

Sí.

INÉS

Se ha acabado.

DOÑA MARÍA

¡Qué descuido! En nada están.

DON JUDAS

Como haya en casa alquitrán,
ese es remedio probado.

DOÑA MARÍA

¿Y vinagrillo?

INÉS

Ha de haber.

DOÑA MARÍA

Pues mira si en mis cajones
está el de siete ladrones. (Vase INÉS.)

FERMÍN

(Los de Écija habían de ser.) (Aparte.)

DOÑA MARÍA

Ay, si se me morirá.
Don Judas, si usted supiera
medicina.

DON JUDAS

Bien pudiera,
porque he leído a Le Rúa.

DOÑA MARÍA

¿Y allí no hay cosa que valga
para esto?

DON JUDAS

Darle al contado
la purga del primer grado,
y salga por donde salga.

INÉS

Aquí está ya. (Vuelve INÉS con un frasco.)

DOÑA MARÍA

¿Y bien, qué hacemos?

DON JUDAS

No arriar en banda el tapón.

INÉS

Descuide usted.

LUIS

(¡Qué ficción!) (Aparte.)

DOÑA MARÍA

¿Le hará daño?

DON JUDAS

Allá veremos.

DOÑA MARÍA

¿Qué se decide por fin?

DON JUDAS

Yo creo la han de aliviar
ayudas de agua del mar.
¿No os parece bien, Fermín?

FERMÍN

(A ver como no revienta.) (Aparte.)
¿Mas yo qué sé?

INÉS

Por san Pablo.

FERMÍN

Traíganle un doctor o un diablo.

DON JUDAS

Lo mismo es ocho que ochenta.

LUIS
(¡Qué tardar!) Tío.
(Aparte.) (Bajo a DON JUDAS.)

DON JUDAS
¿Qué quieres?

LUIS
¿Está todo?

DON JUDAS
Todo está.

LUIS
Al caso pues.

DON JUDAS
Allá va.
Posible es que las mujeres (Alto.)
siempre y en todo han de errar,
irse a poner mala el día
que yo el novio le traía
es cosa particular.

DOÑA MARÍA
¡El novio!

FERMÍN
¡Su novio!

DON JUDAS
Cierto.

FERMÍN
¿Pero quién es?

LUIS
Calla ahora. (A FERMÍN bajo.)

DOÑA MARÍA
¿Y está en Cádiz?

DON JUDAS
No señora.

FERMÍN

(¡Es sueño o estoy despierto!) (Aparte.)

DOÑA MARÍA

¿Mas cómo, si aún no ha llegado,
puede usted traerle acá?

INÉS

Señorita, oye usted. (Al oído de ADELA.)

ADELA

¡Ah!

INÉS

Ya vuelve.

LUIS

¿Se le ha pasado?

ADELA

¿Dónde estoy?

DON JUDAS

En una silla.

ADELA

¿Y ellos?

INÉS

Sólo fue una chanza.

ADELA

¿Se mataron?

DON JUDAS

¡Qué! ¿Hay matanza?
Pues acoto una morcilla.

INÉS

Delira.

DON JUDAS

Entonces no hay trato.

DOÑA MARÍA

¿Qué sientes?

ADELA
Mucha opresión,
mas ya se pasa.

DON JUDAS
Es pensión.

DOÑA MARÍA
¡Oh! Sus nervios y mi flato
a ambas nos sacan de quicio.
Gracias que hoy volvió al momento.

DON JUDAS
Si esa voz de casamiento
es la trompeta del juicio.

DOÑA MARÍA
Al caso.

DON JUDAS
Por el vapor
recibí ha pocos instantes
los papeles de que antes
hablé ya a usted.

DOÑA MARÍA
Sí señor.

FERMÍN
¿Mas Luis...? (A LUIS.)

LUIS
Chito, y destierra (A FERMÍN.)
todo cuidado.

FERMÍN
(Estoy loco.) (Aparte.)

DON JUDAS
Hice rumbo aquí, y a poco
eché el cargamento en tierra.

DOÑA MARÍA
Pero bien, doy de barato
que esté ya arreglado eso.

¿Él viene?

DON JUDAS

No en carne y hueso;
pero traigo su retrato.

ADELA

¡Su retrato!

DOÑA MARÍA

Con que al fin... (A DON JUDAS.)

DON JUDAS

Ya el asunto es decidido. (A DOÑA MARÍA.)

FERMÍN

¿Mas qué es esto?

DOÑA MARÍA

Que marido
tiene mi hija, don Fermín.

DON JUDAS

Tome usted. (Da el retrato a ADELA.)

DOÑA MARÍA

Sí, que a ella toca
juzgar si es bonito o feo
Inés, mis gafas.

ADELA

¡Qué veo! (Mirando el retrato.)
¡Dios mío!

DOÑA MARÍA

¿Niña, estás loca?

ADELA

Es el señor. (Señalando a DON FERMÍN.)

DOÑA MARÍA

¡Cómo!

DON JUDAS

Sí.

LUIS

¿Estás? (Bajo a FERMÍN.)

FERMÍN

Ya todo adivino.

DOÑA MARÍA

Con que usted es...

FERMÍN

El sobrino
de don Judas.

ADELA

¡Y que a mí
tal me suceda! ¡Qué rabia!
¡Qué vergüenza!

DOÑA MARÍA

En conclusión
¿a qué vino esa ficción?
¿Hubo causa?

LUIS

Una y muy sabia.
En bien que tan cerca toca
como la propia ventura,
la reflexión más madura
a veces suele ser poca,
y ni es esposa constante
quien veleta un tiempo ha sido,
ni nunca es feliz marido
quien no fue dichoso amante.
Si tal logró, él lo decida
puesto que es su novio.

DOÑA MARÍA

Y bien,
él se casará.

DON JUDAS

Sí.

FERMÍN

¡Quién!
¡Yo con Adela! En mi vida.

No fuera mala locura.

DOÑA MARÍA

Bueno está. ¿Y el compromiso?

FERMÍN

Se acabó, pues ella quiso.

ADELA

¿Qué dirán?

DON JUDAS

Que quien procura
tener novios a montones,
este fruto ha de coger.

DOÑA MARÍA

¿Mas yo qué había de hacer?

DON JUDAS

Zafarrancho de moscones.
Que el que con buena bandera
viene a quererse casar,
si ve corsario en la mar
toma la vuelta de afuera.

DOÑA MARÍA

Yo no sé lo que me pasa.

FERMÍN

Luis, primo, mi ceguedad
perdona.

LUIS

De mi amistad
es deuda. Vuelve a tu casa,
vuelve a Sevilla, y allí
cúrate de tu manía,
acordándote que un día
nada valiste por ti.
Busca esposa amante y fiel,
que ese es el mayor tesoro;
mas no esperes hallar oro
si vas en pos de oropel.
Haz debida distinción,
y al bello sexo respeta,
que aunque haya mucha coqueta

muchas hay que no lo son.
En fin, júzgate de hoy más,
cual los otros, que va errado
quien piensa será apreciado
si desprecia a los demás.
Y usted Adela, que ha sido
víctima de tal contienda
cambie de norte, y la enmienda
le hará ganar lo perdido.
Reflexione cuanto daña
a su honor conducta tal;
pues la opinión es cristal
que aun del aliento se empaña.
Sea en todo compromiso,
formal, constante, amorosa,
que no vale para esposa
quien hoy odia y ayer quiso.
En fin, pues deslíz tamaño
mereció tal escarmiento,
de ambos el comportamiento
remedie futuro daño;
y ojalá que esta lección
os pueda bien demostrar,
el fin que suelen lograr
Coquetismo y Presunción.

FIN